

El Primer Almirante de Castilla D. Ramón de Bonifaz y Camargo

por

Guillermo Avila y Díaz-Ubierna

Académico C. de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas



Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Burgos

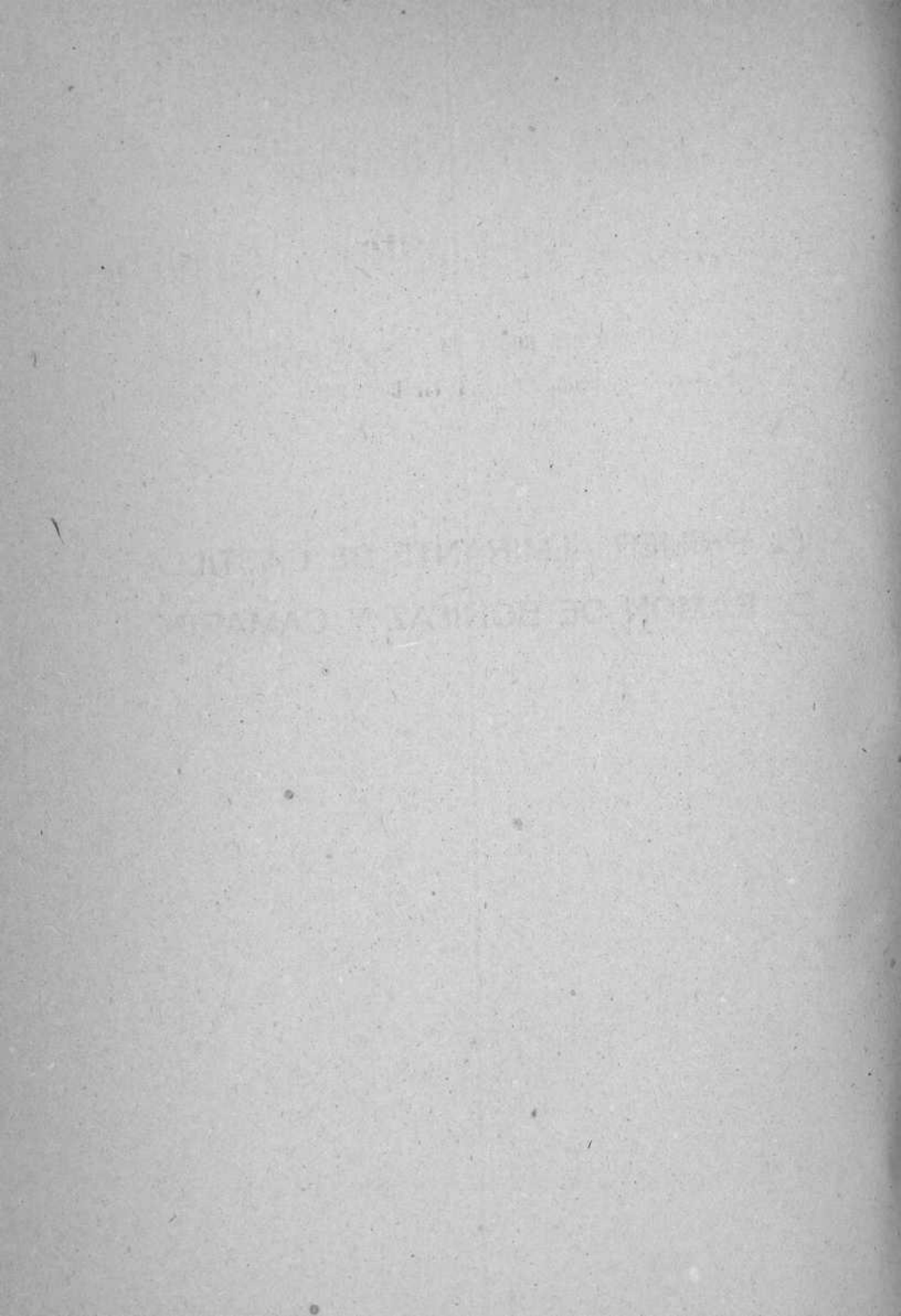
G-F 11478



D60
A

EL PRIMER ALMIRANTE DE CASTILLA
D. RAMON DE BONIFAZ Y CAMARGO

Tit. 77438 • C. 1874595



El Primer Almirante de Castilla

D. Ramón de Bonifaz y Camargo

Datos históricos sobre la vida del ilustre burgalés
con motivo de cumplirse el VII Centenario de la Conquista
de Sevilla (1248-1948)

por

Guillermo Avila y Díaz-Ubierna

Académico C. de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas



Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Burgos

El primer momento de la vida
de los seres vivos y animales

El primer momento de la vida
de los seres vivos y animales

El primer momento de la vida
de los seres vivos y animales



Dedicatoria

El Excmo. Ayuntamiento de la
M. N. y M. M. L. Ciudad de
Burgos, Cabeza de Castilla, acordó
la impresión de esta obra como
recuerdo a la memoria del insigne
burgalés Ramón de Bonifaz,
Primer Almirante de Castilla, y
como homenaje a las glorias de la
Marina Española.

El Alcalde,
Carlos Quintana



R.127446

PROLOGO

Burgos ofrece, en su Historia gloriosa, un compendio ejemplar de figuras insignes. Son hombres de Derecho, como Francisco de Vitoria. Y héroes legendarios, como el Cid Campeador. Y gobernantes modelo, como Fernán González, creador de la unidad de Castilla. Mas si, sobre el palmarés ejemplar y aleccionador de aquellas figuras portentosas, los españoles del resto de la península han dicho y hecho honor a nuestra vieja «Caput Castellæ», es lo cierto que existen otros personajes de relieve singular, cuyo recuerdo, enlazándole con nuestra tierra, es casi utópico, en verdad. Nos referimos al almirante Bonifaz.

No debemos, sin embargo, sorprendernos de ese desconocimiento que en España es general respecto al burgalesismo del gran marino conquistador de Sevilla, a las órdenes de San Fernando. Porque si en este Burgos del siglo xx fuéramos preguntando por las calles quién fué don Ramón de Bonifaz, posiblemente un tanto por ciento considerabilísimo abriera los ojos sorprendido, como si se le hablase de alguna figura mítica. Es posible que algunos —no muchos, por desgracia—, hasta hace escasos meses, únicamente supieran del almirante Bonifaz que tenía una calle con su nombre en Burgos, junto a la Plaza Mayor... Pero muy pocos, quizá tan sólo los muy amantes de nuestras glorias y tradiciones, hubieran podido añadir algún rasgo más acerca del gran marino burgalés, que alcanzó por su nombradía y su rango histórico excepcional importancia en la vida española de su tiempo.

Dos hechos de singular relieve para nosotros era preciso exhumar para la reivindicación del burgalesismo del almirante Bonifaz: su nacimiento, unido al gran amor que sentía hacia la patria chica, y su inhumación en la iglesia del histórico convento de San Francisco. Y de ese propósito —el de exhumar ante los ojos de todos mis paisanos ambos hechos indubitables—,

arrancó el trabajo biográfico que «Diario de Burgos» acogió en sus columnas y que, conteniendo las doctas opiniones de ilustres eruditos burgaleses, había de ofrecer a mis paisanos un momento de meditación y una consecuencia derivada de esa reflexión natural. Meditación y consecuencia que se enlacen con el grave deber que a Corporaciones y particulares incumbe de impulsar las primeras y colaborar los segundos en el esclarecimiento del lugar en que actualmente reposan los restos del glorioso almirante y en buscarles un punto de inhumación definitiva, en consecuencia con su rango en nuestra Historia.

Un gran paso, a ese respecto, es el honor que me otorga el Excelentísimo Ayuntamiento al incluir el presente folleto entre su prestigiosa serie de publicaciones, con motivo de la próxima conmemoración del centenario de la efemérides de la conquista de Sevilla, hecho que se conmemora en la primavera próxima. Mas si esto me honra, en exceso, dada la modestia de mi trabajo, he aquí que yo interpreto tan gentil actitud como el más alto testimonio y la más firme promesa de que la figura del almirante Bonifaz será, en el futuro, exaltada como se merece.

Y como esa era mi única aspiración, he aquí que, al mostrar mi profunda gratitud al Excmo. Ayuntamiento por su delicadeza al editar este modesto trabajo, me considere vivamente satisfecho al comprobar cómo Burgos, la gentil, tiene en su Corporación municipal el Mecenas de obra tan noble como la glorificación de los hijos de esta ciudad que, en su pasado glorioso, supieron forjar ese legado preciadísimo que es nuestra Historia, unas veces con la Cruz de nuestra fe; otras, con el sacrificio ofrendado a la hermandad de los pueblos, y otras —como en el caso de nuestro almirante—, siendo firme baluarte de la reconquista de tierras para el supremo servicio de Dios y el sagrado destino de la Patria...

EL AUTOR.

I

Datos históricos sobre la vida del insigne burgalés

Contando con la amabilidad nunca desmentida de mi buen amigo el director del «Diario de Burgos», vamos a publicar una serie de trabajos acerca del insigne burgalés don Ramón de Bonifaz y Camargo, primer almirante de Castilla, y del antiguo convento de San Francisco, íntimamente vinculado a la efemérides de su muerte, de la cual no nos queda a los burgaleses, por desgracia, más que un ligero recuerdo.

Respecto de la figura del célebre almirante burgalés —tema esencial de estos trabajos— hemos de confesar de antemano que existe una gran carencia de datos históricos, sobre todo fehacientes, en relación con los hechos trascendentales llevados a cabo por el famoso Ramón de Bonifaz. Pero aun así, merece la pena ahondar en cuanto de él se ha escrito, para dar una versión lo más exacta posible en relación con los hechos más sobresalientes de su vida, en los que destaca la conquista de Sevilla, juntamente con el santo rey Fernando III —fundador de nuestra incomparable catedral— el año 1248.

Antes de entrar en tema tan sugestivo para los lectores, haremos constar, para la máxima garantía de nuestras citas y reproducciones, que unas y otras tienen como fuente los siguientes autores:

Padre Alonso de Venero, en su «Historia de la Insigne Ciudad de Burgos», manuscrita el año 1538.

Padre Melchor Prieto, en la «Historia monumental de Burgos», escrita el año 1636.

Padre Palacios, en su «Historia de Burgos», también manuscrita, año 1729.

Castillo y Pesquera, en su manuscrito titulado «Breve Compendio de la Isteria Eclesiástica de la Ziudad de Burgos, Funda-

zion De Esta Ziudad De su Iglesia Maior, Parrockias y Combentos Asta Este Año de 1697».

Don Juan Cantón Salazar, canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos, en su obra «El Pasma de la Caridad. Prodigios de Toledo, vida y Milagros de Santa Casilda Virgen», editada en Burgos por la viuda de Juan y de Santa María, el año 1734.

Fray Domingo Hernáez de la Torre, en la «Crónica de la Provincia de Burgos de La Regular observancia de Nuestro Padre San Francisco», Madrid 1722.

Padre Flórez, en su «España sagrada», tomo 25, Madrid 1824.

«El Convento antiguo de San Francisco de Burgos y Don Ramón de Bonifaz, Primer Almirante de Castilla», artículos publicados en el «Semanario Pintoresco» por don Rafael Monje.

Don Nicolás Goyri, en sus «Apuntes para la Biografía de Algunos Burgaleses célebres», editada en la imprenta de don Timoteo Arnaiz, de Burgos, el año 1878.

Don Anselmo Salvá, en la «Historia de la Ciudad de Burgos», tomo segundo, editado en Burgos el año 1915, y, por último, el inolvidable director de este periódico don Juan Albarelos, en las «Efemérides Burgalesas», editadas en 1927.

Con este copioso bagaje de datos en relación con la insigne figura del almirante Bonifaz, puede perfectamente conseguirse una biografía casi completa del conquistador de Sevilla, biografía que, a grandes rasgos, vamos a intentar componer.

II

Filiación de don Ramón de Bonifaz

El insigne burgalés y primer almirante de Castilla don Ramón de Bonifaz y Camargo, según dicen los historiadores, nació en Burgos, en los últimos años del siglo XII, sin que pueda concretarse exactamente la fecha, aunque en la «Enciclopedia Espasa», página 16 del tomo noveno, se afirma que nació en 1196 y murió el 1252.

«Estuvo casado tres veces, según consta en su testamento, otorgado en Baeza el primero de Septiembre de 1246, ante el Escribano de aquella Ciudad, Don Martín Pascual», según afirma el ilustre escritor don Nicolás de Goyri en la página 132 de su obra antes mencionada.

Fué su primera esposa, dice el mencionado autor, doña Andrea de Grimaldi, con quien tuvo tres hijas, llamadas María, Antonia y Berenguela; contrajo segundo matrimonio con doña Luisa de Velasco, de cuyas nupcias nacieron sus hijos don Pedro, don Luis y doña Andrea, y su tercera esposa fué doña Tarasia Arias de Fenojosa, de la cual no sabemos que tuviera sucesión.

La dignidad de primer almirante de Castilla

Desde muy joven —dicen sus biógrafos— se dedicó a las actividades castrenses, distinguiéndose en su profesión de marino, hasta alcanzar las primeras graduaciones, y fué el primer almirante de Castilla, como lo afirma Moreno Vargas en su «Diseño de la nobi de España», donde afirma, citando numerosas autoridades, que «D. Ramón de Bonifaz fué el primero que obtuvo esta dignidad», antes de la toma de Sevilla.

Así lo asegura también el mencionado historiador señor Goyri, en la página 132 de su citada obra, cuando escribe:

«Ya el año 1240 era Almirante Mayor de la mar. De los años 1240, 1242 y 1246 son los documentos en que, con anterioridad a la época de su mayor gloria, hemos podido ver la firma de don Ramón de Bonifaz, siendo ya Almirante de Castilla en la primera de estas fechas.

» El primero es una escritura de donación que, con su tercera mujer, doña Tarasia Arias de Fenojosa, otorgó a favor del Monasterio de San Millán de la Cogulla, en primero de Septiembre, expresando en ella su cargo de "Almirante Mayor de la mar"; el segundo, una escritura de permuta entre don Ramón de Bonifaz y los monjes de Cardaña, de fecha 14 de Abril, en la cual se titula "Alcalde del Sr. Rey"; y el tercero, en su testamento, hecho en Baeza el primero de Septiembre de 1246, ante el Escribano de aquella Ciudad, Martín Pascual.»

También se distinguió Bonifaz como soldado de tierra, peleando al frente del ejército cristiano en el sitio de Baeza, aunque fué en la toma de Sevilla donde nuestro héroe alcanzó el renombre que la Historia le adjudica, y de cuya gloriosa acción nos ocuparemos más adelante.

III

La flota del Rey Fernando, reunida por el insigne burgalés, conquista Sevilla.

Sabiendo el rey San Fernando lo importante que era para su reino la conquista de Sevilla, y conociendo también que en Burgos había un marino experto e inteligente que podía ayudarle en tan difícil empresa, y que no era sino el insigne burgalés don Ramón de Bonifaz y Camargo, encargóle la formación de una flota.

Distintas opiniones sustentan varios escritores acerca de cuándo tuvo lugar la conquista de Sevilla, señalándose por unos la fecha 3 de mayo de 1248, mientras por otros se afirma que el histórico acontecimiento se llevó a cabo el 16 de noviembre del mencionado año. Por eso, atendiendo a la diversidad de tales criterios, y para que el lector pueda objetivamente analizar la certidumbre de cada uno de ellos, vamos a exponer la opinión de unos y otros, así como los argumentos y razones alegadas para demostrar los respectivos asertos.

El inolvidable cronista de Burgos don Anselmo Salvá aborda el tema —como ya hemos indicado en el comienzo de nuestro primer artículo— en las páginas 194 y siguientes del segundo tomo de su meritisima obra titulada «Historia de la Ciudad de Burgos», y en ellas afirma, entre otras cosas:

«Después de conquistas importantísimas, como la de Córdoba, por ejemplo, San Fernando se propuso *conquistar también Sevilla*, como remate el más glorioso que podía poner a su empresa contra los infieles. Y en la conquista de Sevilla, precisamente, toca a Burgos parte muy principal.

» Sevilla se hallaba entonces en estado político y moral deplorable y, en cambio, en el estado de prosperidad material

más grande a que pueda aspirar una población. Era, sin duda, la primera ciudad de España por su extensión y por su comercio; tenía más de 800.000 habitantes y visitaban su puerto naves de Inglaterra, de Francia, de Italia y del Norte de Africa; ofreciendo formidables defensas, pues contaba con dos recintos de murallas, 150 torreones y la Torre del Oro, que resguardaba el puerto; además, un puente de barcas unidas con ganchos de hierro y amarradas en línea por una gruesa cadena, facilitaba las comunicaciones con Triana y la margen derecha del Guadalquivir.

» San Fernando comprendió que tenía que cercar a Sevilla y que para el cerco necesitaba a todo trance, no sólo gente y armas en cantidad y calidad extraordinarias, sino una flota con la que impedir la llegada de auxilios para la plaza.

» Gozaba entonces fama de buen marino un caballero nacido en Burgos, un burgalés ilustre, por su nacimiento y por sus prendas, que se llamaba Ramón Bonifaz y Camargo.

» Descendía de padre burgalés y de una madre perteneciente sin duda a alguna de aquellas familias francesas que se establecieron en Burgos cuando vinieron las cabezas de ellas a ayudar a D. Alfonso VI en la conquista de Toledo.

» Bonifaz, desde su primera juventud, que pasó, por lo visto, en los puertos del Norte, había sentido invencible afición por el mar y por la Marina, y en las costas del Cantábrico se dedicó a la práctica de la profesión, adiestrándose tanto que adquirió pronto fama de marino experto.

» Pues de este prócer burgalés se acordó San Fernando, cuando trató de cercar y tomar Sevilla. Le llamó desde Jaén, y le encargó la formación y organización de una flota a propósito para los fines que perseguía. Al efecto, le entregó cartas para los Concejos de Castro Urdiales, Guetaria, Pasajes, Santander y otros puertos. Y, desde luego, esos Concejos proporcionaron a Bonifaz trece barcos y la marinería correspondiente.

» El marino burgalés encargó la construcción de una gran nave en Santander y recibió otra parecida de Avilés, gobernada por el marinero de aquella villa Rui Pérez. Y —según cuenta la «Historia general» y se prueba documentalmente en trabajos como los de Lasaga, en la "Abeja Montañesa", de 1868; de Leverde, en "Las Dos Asturias", de 1865, y de Madrazo, en el libro "Sevilla"—, organizada la flota, se dirigió al Guadalquivir,

y allí empezó por batir victoriosamente a una flotilla de los moros, que había acudido a la defensa del puente de barcas.

» Ante el ejército de tierra, en el que figuraban las milicias concejiles de Burgos, con el pendón de la ciudad, y las gentes de Bonifaz, Sevilla se sintió seriamente amenazada; pero San Fernando comprendió que de aquel puente de barcas dependía todo el resultado de las operaciones, y más cuando, pasando, como iba pasando, el tiempo, no se lograba el fin apetecido.

» Era ya el mes de Abril de 1248, y, entonces, Bonifaz se presentó a San Fernando y le hizo la promesa de romper el puente. Los capitanes que acompañaban al Rey juzgaron que aquella promesa era imprudente, y la empresa, temeraria. Pero el Rey, sin embargo, confió en el jefe de la flota y le autorizó a emplear los medios que quisiera.

» Eligió Bonifaz las dos mejores naves —la de Avilés, en que montó Rui Pérez, y la de Santander, en que figuraba el caudillo burgalés—. Guarneció las proas con fuertes tablones de roble, preparó la arboladura para recibir el choque y embarcó en tales naves lo mejor de la gente que llevaba.

» En cuanto se presentó un viento favorable, lo cual sucedió en el día 3 de Mayo de dicho año 1248, Bonifaz emprendió la acometida.

» Se celebraba la fiesta de la Invención de la Santa Cruz; gentío inmenso en las orillas del río se disponía a contemplar el combate; los moros, desde Triana y desde el mismo puente, lanzaban toda especie de armas arrojadizas contra las naves, las cuales, por ser el día que era y por orden del Rey, llevaban en varias partes estandartes con cruces y una imagen de la Virgen al pie del palo mayor.

» Se adelantó la nave de Avilés y consiguió producir en las barcas del puente algún quebranto, retrocediendo en seguida. Inmediatamente después, avanzó la de Santander, en que iba Bonifaz, y este heroico marino, sin reparar en los peligros, dominando a la tripulación y entusiasmando a todos, dirigió de tal manera el ataque que rompió el puente, con maderos, cadenas y cuanto delante de él había. Entró derecho por la rotura y cruzó triunfalmente el Guadalquivir, entre vitores y aclamaciones de cuantos tuvieron la satisfacción de presenciar semejante victoria.

» El Rey, por la orilla del río, escoltó con su ejército a la

flota; continuó, ya con entera confianza y seguridad respecto del resultado, las operaciones y, al poco tiempo, entró en Sevilla.

» Desde entonces, el reino contó con una flota organizada y fija, gracias a Bonifaz, el cual, en premio de tan magno servicio, fué nombrado Primer Almirante de Castilla, dignidad que él inauguraba, por lo tanto, y que supo llevar muy dignamente.

» Cuando murió San Fernando, de modo tan conmovedor como imponente, Bonifaz, con su flota, preparaba un ataque a los africanos. Y cuando falleció Bonifaz, con sentimiento general del reino y con pena profunda de los burgaleses, se le enterró —según dicen— en el Convento de San Francisco, de donde sus restos, a la destrucción de dicho edificio, parece que desaparecieron.

» Dos cosas, en fin, dejaba el Rey Santo fundadas ya formalmente en Castilla, llamadas a dar al reino no pocas glorias y prosperidades: la flota, origen de un poderío naval que tanto enriqueció en algunos tiempos nuestro territorio, y la lengua castellana, que en tiempos de don Fernando era ya de uso corriente y empezaba a emplearse en los documentos oficiales y públicos.»

IV

La personalidad del insigne burgalés, estudiada por don Juan Albarellos

Otro historiador burgalés, el inolvidable don Juan Albarellos, director que fué muchos años del «Diario de Burgos», hablando sobre el almirante Bonifaz en las páginas 251 y 252 de su notable libro titulado «Efemérides Burgalesas», dice:

«Burgalés era, en efecto, don Ramón de Bonifaz y Camargo, dato completamente esclarecido, aunque algún escritor haya dicho erróneamente que fué natural de Montpellier. El testamento de Bonifaz, así como otros documentos, y el testimonio unánime de los historiadores, principalmente de los más cercanos a su tiempo, no dejan en este punto la menor duda.

» Nacido en el último tercio del siglo XII, aunque no puede precisarse el año, dedicóse muy joven a las luchas guerreras, distinguiéndose en su profesión de marino hasta alcanzar las primeras categorías, pues ya en 1240 era Almirante Mayor de la mar, como se titula en una escritura que otorga el primero de Septiembre de aquel año, haciendo una donación a los monjes de San Millán de la Cogulla.

» También en tierra se distinguió como guerrero, peleando al frente del ejército cristiano en el sitio de Baeza; pero donde conquistó eterno renombre fué en el sitio de Sevilla. Ofrecía aquella empresa grandes dificultades, porque, dueños los moros del Guadalquivir, servíanse de él no sólo para la defensa, sino también para el abastecimiento de la población. Era, pues, necesario combatirlos por aquella parte y cortar la comunicación que con la margen derecha del río tenían, por medio de un puente de barcas establecido en Triana y defendido por una fuerte cadena de hierro que atravesaba de un lado a otro del río, no lejos de la Torre del Oro.

» El Rey Santo encomendó esta empresa a Bonifaz, quien, trasladándose a la costa cantábrica, preparó una flota compuesta de trece barcos que, con sus correspondientes tripulaciones, le facilitaron Santander, Castro Urdiales, Avilés, Pasajes, Guetaria y otros puertos. Con rumbo a la desembocadura del Guadalquivir, zarpó aquella modesta escuadra; pero antes de penetrar en el río tuvo que librar reñido combate con otra flota mahometana que trató de impedirle el paso, y a la cual destrozó, prosiguiendo su viaje a Sevilla, en cuyas inmediaciones ancló victoriosa.

» Bonifaz escribió con fecha 8 de Mayo a su hijo, que se hallaba en Baeza, para que acudiera en su ayuda con las fuerzas de que pudiera disponer, y una vez que tuvo a su lado la gente necesaria, preparóse a dar el golpe de gracia, que debía producir forzosamente la rendición de la ciudad. Quince meses hacía que Sevilla estaba sitiada, y aunque sus habitantes veíanse reducidos al último extremo por tan largo asedio y a punto de capitular, obstinábanse todavía en su defensa, gracias a las ventajas que les proporcionaba el ser dueños del Guadalquivir.

» Bonifaz ordenó sus naves; distribuyó por tierra las tropas que habían de secundar su acción y, el 16 de Noviembre de 1248, al amparo de un viento favorable, se lanzó contra la cadena y puente de Triana. Los moros hostilizábanle desde ambas orillas y desde el puente; una nube de flechas caía sobre las embarcaciones castellanas, y mientras las huestes de San Fernando avanzaban por tierra, en combinación con los movimientos de aquéllas, los intrépidos navegantes, impulsados por el ábrego que hinchaba las velas de sus navíos y en medio de un deshecho temporal, corrían hacia el puente con rapidez vertiginosa.

» La primera que llegó fué una nave de Avilés. Su proa, reforzada con gruesos machones de roble, dió un golpe de ariete contra la cadena, quebrándola y haciendo retemblar todo el puente, mas no pudo forzar el paso. Detrás iba otra nave, de Santander, la mayor y más fuerte de la flota. En ella iba el almirante Bonifaz, dirigiendo la maniobra y alentando con la voz y con el ejemplo a sus bravos marinos.

» ¡Grandioso espectáculo! Ante la ruda embestida de la proa, la cadena que cerraba el paso se rompió, y el puente de barcas se abrió en dos partes, cayendo al agua los innumerables moros que le defendían. Un inmenso alarido-pobló los aires.

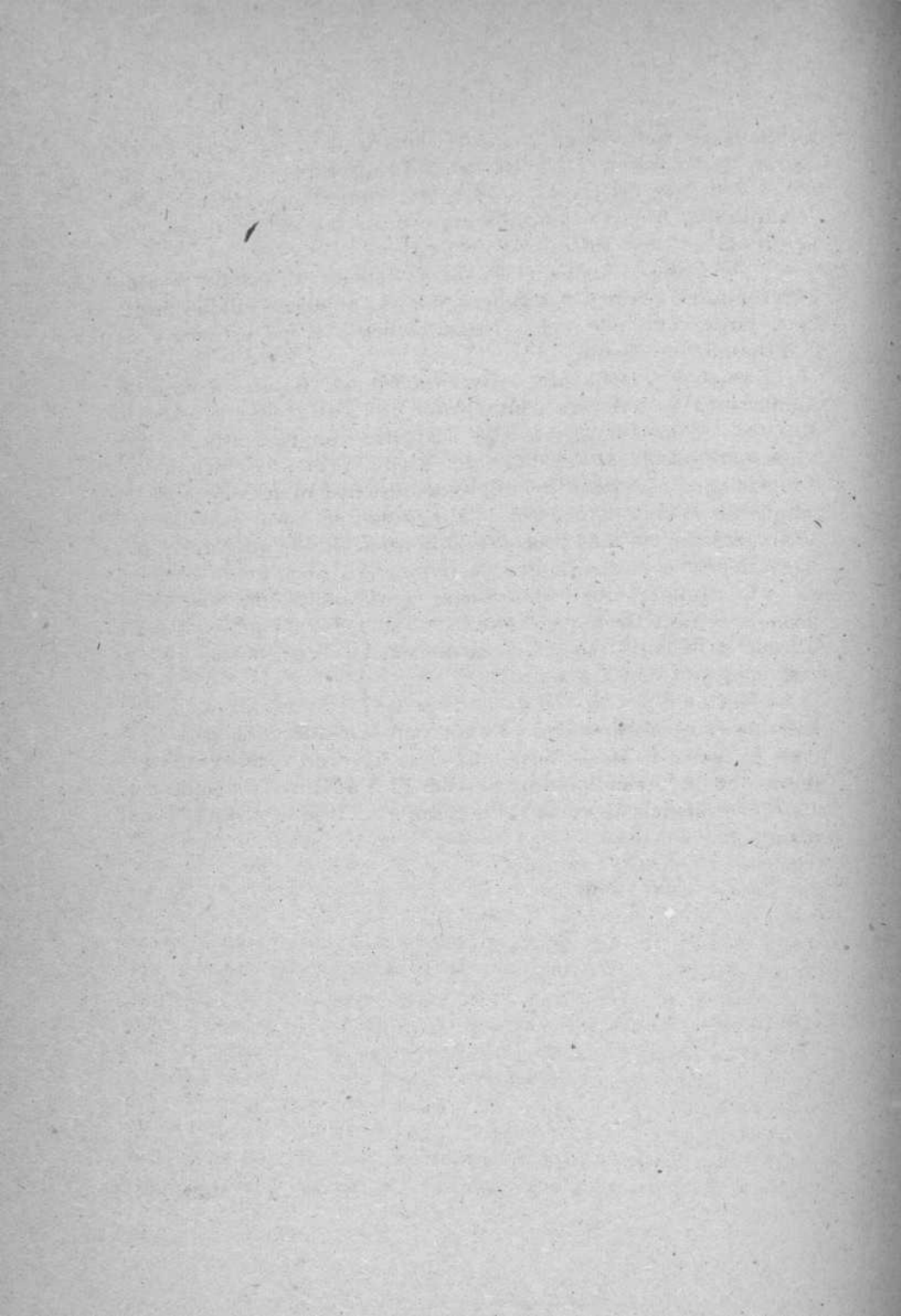
formado por millares de gritos de rabia y dolor por parte de los moros, que veían caer por tierra su última esperanza; gritos de victoria de los cristianos, que aclamaban al egregio burgalés, en tanto que su nave avanzaba majestuosa por el río, ostentando en alto el glorioso estandarte de Castilla.

» Siete días después, el 25 de Noviembre, se rendía Sevilla, y Fernando III entró triunfalmente en la populosa ciudad andaluza, cuya conquista debía principalmente a los esfuerzos de don Ramón de Bonifaz.

» Muchas y señaladas mercedes obtuvo Bonifaz como recompensa a su valeroso comportamiento, entre ellas el señorío de varias villas de la comarca burgalesa, un rico alfanje que había pertenecido al rey moro de Sevilla y diversos privilegios y donaciones. Afirmase por algunos que, con motivo de aquella conquista, se creó para Bonifaz la dignidad de Almirante de Castilla; pero parece más probable la opinión de los que creen que ostentaba ya ese cargo antes de realizar su memorable hazaña.

» Continuó el ilustre marino al frente de la flota castellana hasta la muerte de San Fernando, y, en 1251, un año antes de fallecer el monarca, se señaló su presencia en las costas africanas, peleando con los moros.

» Mariana — y con él casi todos los historiadores — supone ocurrido este suceso el 5 de Mayo; pero consideramos más probable la fecha de 16 de Noviembre que fijan otros autores, siete días antes de la rendición de Sevilla. El 5 de Mayo no pudo ser, como lo evidencia la carta de Bonifaz a su hijo, escrita el 8 del mismo mes.»



Goyri coincide en que fué en Noviembre la conquista de Sevilla

Otro escritor burgalés, don Nicolás Goyri, ya citado, dice en las páginas 133 y siguientes de su ya mencionada obra «Apuntes para la Biografía de Algunos Burgaleses Célebres», editada en Burgos el año 1878, hablando del almirante Bonifaz, lo que a continuación copiamos, aportando dicho autor datos nuevos en su relato.

«Después, una breve referencia nos enseña que acaudilla Bonifaz las huestes cristianas en la conquista de Baeza. En una carta que en 27 de Marzo de 1248 escribió a Bonifaz el Rey don Fernando —de la cual poseemos copia— se hace constar esto, al ordenarle la entrada en el Guadalquivir con su armada, y no volveremos a hallarle hasta la toma de Sevilla, consultando previamente con el Rey Santo, en Jaén, la forma en que se debía llevar a cabo aquélla y los medios de que era preciso valerse para obtener de los Beni Omeya ciudad tan deseada por el Rey de Castilla. (Froilán Ocampo, en su "Crónica".)

» De acuerdo con este Monarca en cuanto a la necesidad de utilizar la comunicación que por el Guadalquivir tenían los moros para abastecerse, convínose en la idea de aprestar naves que bloqueasen parte del territorio enemigo, ayudando de este modo a la empresa proyectada.

» Afanoso y consentido, partió Bonifaz para la costa cantábrica, y dió principio a su cometido, armando un número conveniente de barcos, con los cuales se dirigió inmediatamente hacia Sevilla. Pero, conociendo su rumbo y sus intenciones, los mahometanos vinieron a su encuentro, y hubo de reñir una batalla con ellos antes de llegar al Guadalquivir, obteniendo la Armada cristiana una señalada victoria sobre los moros que se le oponían en su camino.

» Esto refieren de acuerdo todos los historiadores, incluyendo al P. Mariana en su "Historia general"; el Conde La Rosa,

en su "Historia Vética"; el Dr. Salazar de Mendoza, Moreno Vargas, al tratar del origen de la dignidad de Almirante, y otros cuya enumeración omitimos.

» Ya tenía don Fernando a la vista de sus reales las naves de Bonifaz, y sólo le restaba reunir el mayor y más escogido número de gente posible, para lo cual hizo que el mismo Almirante escribiese a su hijo el capitán don Luis, que se hallaba en Baeza. Esto, que refiere Ocampo, de quien lo tomaron otros escritores, nos lo confirma la carta misma que escribió Bonifaz a su hijo en 8 de Mayo de 1248, quien se hallaba en Baeza, convaleciendo de las heridas que había recibido defendiendo de los moros el castillo de Jaén, según se lee en la otra carta ya citada, escrita por el Rey Santo a don Ramón en 27 de Mayo del mismo año. El sólido puente de barcas, defendido por fuertes cadenas de hierro, que los moros tenían establecido entre la Torre del Oro y Triana, hacía más difícil de realizar el proyecto de apoderarse del río, y reconocióse que no había manera de conseguir esto si no desaparecía tal obstáculo.

» Reparadas convenientemente dos naves, y llegados día y momento oportunos, desplegaron sus velas y caminaron rápidamente a favor del fuerte viento que las empujaba contra el curso natural de la corriente; tropieza una de ellas con la fatal cadena, y, resentidos por el golpe los eslabones, ceden paso a la segunda, que, en su rápida carrera, la rompe, trasponiéndola y salvando así el solo obstáculo que había para poner bajo el cetro de Castilla la ciudad mora.

» Según el P. Mariana, tuvo lugar este suceso el día 3 de Mayo de 1248; pero la nota anterior lo contradice, con la fecha de la carta del Almirante a su hijo, que es posterior a la en que Mariana pone el hecho referido.

» De aquí que los mahometanos pidieran la paz y don Fernando se hiciese dueño de Sevilla, después de un sitio que duró quince meses, haciendo su entrada triunfal en la población el día 23 de Noviembre de 1248. (Núñez de Castro, en la "Vida de San Fernando", y Méndez de Silva, en su "Población de España".) El héroe de aquella victoria, como era natural, obtuvo grandes recompensas del Monarca. Con este motivo —según refiere Salazar y Mendoza— le hizo merced el Rey de los Señorios de Villoveta, en la Merindad de Castrojeriz, y de Abriada, en la de Campomunoz.

» Obtuvo además otras donaciones, mercedes y privilegios y, como éxpresso regalo, un rico alfanje que había pertenecido al rey moro de Sevilla. Continuando el Almirante al frente de la flota, que del océano al Mediterráneo vigilaba y defendía de las armas moras los dominios que el Rey cristiano poseía en aquellas costas.

» Ninguna otra noticia podemos añadir de este personaje, como no sea que, en el año 1251, uno antes de la muerte del Rey Santo, se hallaba al frente de su Armada en las costas de Africa. El año 1256 fué el último de la vida de don Ramón de Bonifaz, según se leía en su sepultura, de la cual sólo ha quedado la memoria.

» Ponz, lo mismo que el P. Flórez en su "España Sagrada" traen la inscripción que sigue:

» "Aquí yace el muy noble y esforzado caballero D. Ramón de Bonifaz, primer Almirante de Castilla, que fué en ganar a Sevilla y falleció año de 1256."

» La Reina Isabel la Católica, leyendo en la primitiva inscripción que este sepulcro tuvo —según el P. Flórez refiere— las palabras "que ganó a Sevilla", hizo que se mudasen por las que contiene el epitafio copiado.

» Lástima que hoy no podamos contemplar este mausoleo de tan esclarecido burgalés, aun a costa de deplorar la inocentada del rey Felipe III, que mandó decapitar los Apóstoles que ornaban el cuerpo del lucillo porque, a su parecer, ocupaban allí inferior posición que la estatua del Almirante.

» Estuvo casado tres veces, siendo su primera mujer doña Andrea de Grimaldi, con quien tuvo tres hijas, llamadas María, Antonia y Berenguela; de su segundo matrimonio, con doña Luisa de Velasco y Gormaz, fueron don Pedro, don Luis y doña Andrea, y de su tercera esposa, doña Tarasia Arias de Fenojosa, no sabemos tuviera sucesión. Así consta en su testamento, al cual nos referimos arriba.

» Los restos de la iglesia del arruinado convento de San Francisco, de Burgos, son aún testimonio de la piedad y fe religiosa de este personaje, que, mandando en su testamento que se procediese a la erección de una capilla donde reposasen sus cenizas, tomó base en ésta el monasterio que luego acabó de edificar la Ciudad.»

VI

Otros dos testimonios interesantes sobre la conquista de Sevilla

El notable escritor y académico Correspondiente de la Historia don Mateo Escagedo y Salmón, en las páginas 188, 189 y 190 del primer tomo de su obra titulada «Crónica de la Provincia de Santander», editada en dicha ciudad el año 1919, dice lo siguiente:

«A partir de esta fecha, no hay empresa militar de alguna importancia a que no concurra nuestra Armada; así, la vemos asistir a la conquista de Sevilla, en tiempo de San Fernando, a las órdenes de Ramón Bonifaz, y parte el puente de Triana con sus proas, éxito famoso que obligó a la morisma a entregar la perla de Andalucía y que todos los puertos de nuestra costa se atribuyen para sus naves. En Santander se construyó (el año 1247) la escuadra que Bonifaz llevó a Sevilla, compuesta de trece naos gruesas y cinco galeras.

» Santander se gloria —escribe Fernández Duro— de este primero y señalado alarde de la Marina castellana, pretendiendo haber sido suyas propias las naos que arrollaron el puente, y dice que por ello otorgó el Rey a la villa el privilegio de escudo de armas, ostentando una nave que, a toda vela, quebraba la cadena que cerraba el río, en gracia de haberse construido en su puerto la que lo verificó.

» Las villas de Laredo, Castro y San Vicente de la Barquera ponen igual blasón en sus escudos, afirmando que se le concedió también el monarca, con otros privilegios.

» Don Aureliano Fernández Guerra, en el "Libro de Santoña", lo hace extensivo a este puerto; Rendueles, refiriéndose a antiguas Memorias, escribe que Ruy Pérez, de Avilés, con marineros de la villa de este nombre, asistió al almirante Bonifaz y que de aquí proceden las armas en que figura una nave armada y a la vela, con una cruz sobre el mástil y una sierra en la proa, quebrantando una gruesa cadena, en campo sangriento.

» Martínez de Irati reclama parte de la gloria para Pelegrín de Uranzo, caballero de Ismal, a quien concedió don Fernando en galardón cierta renta en Fuenterrabía.

» De todo esto, lo único cierto es que toda la Marina del Cantábrico, ya poderosa, asistió a la conquista de Sevilla y se batió con la musulímica, derrotando a esta.»

La valiosa opinión de don Rafael Monje

Hemos dejado para el final, por lo interesante que es y por los datos nuevos que aporta —pues copia las cartas que se cruzaron entre San Fernando y el almirante Bonifaz, y entre éste y su hijo Luis— lo que respecto a don Ramón de Bonifaz dice el célebre escritor de cosas burgalesas don Rafael Monje, en los artículos publicados en el «Semanario pintoresco», el año 1846, titulados «El Convento antiguo de San Francisco, de Burgos», y «Don Ramón de Bonifaz, primer Almirante de Castilla».

«Hubiéramos hecho mal en contentarnos con recordar únicamente el nombre de este insigne personaje en el artículo en que, por incidencia, hubimos de describir su sepulcro, tal como se sabe que existía en la arruinada iglesia del Convento de San Francisco, de Burgos.

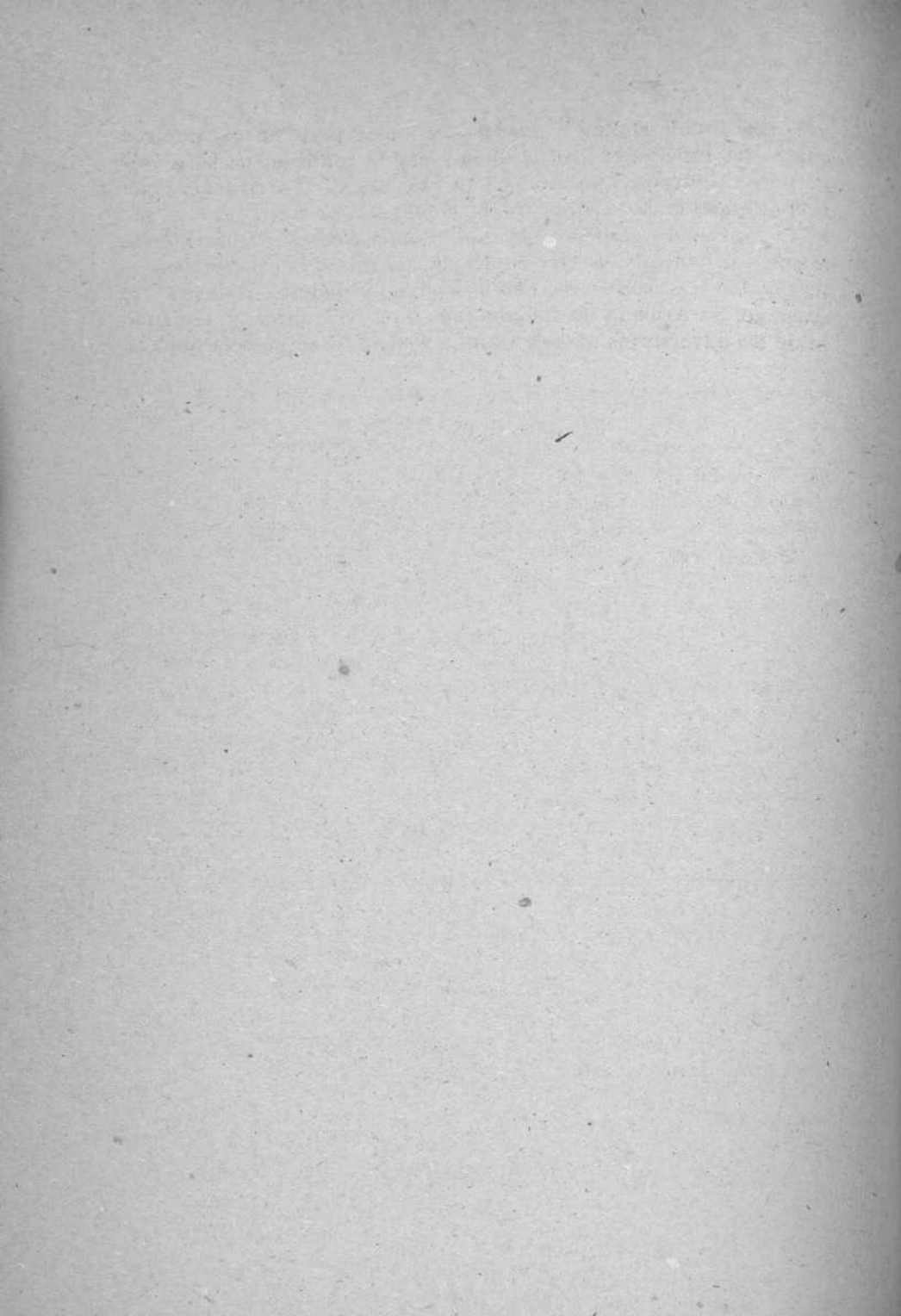
» La circunstancia que dijimos otra vez de haber ayudado a San Fernando en la conquista de Sevilla, es por sí bastante excitativa para leer con gusto la narración de los hechos que le atribuye la historia genealógica de su casa, cuyos actuales poseedores nos han dado facultad para hacer las notas que transcribimos a continuación sobre aquel apreciable y desconocido testimonio.

» Los padres de don Ramón de Bonifaz fueron don Simón y doña Berenguela Gutiérrez, vecinos de Montpellier, emparentados con la segunda esposa de nuestro Rey San Fernando, doña Juana de Poitiers, y con doña María, madre de don Jaime de Aragón. Su valor y afortunada inteligencia le hicieron, aun siendo joven, un lugar eminente entre los príncipes y caudillos de su tiempo.

» Desempeñaba el cargo de Almirante, que equivalía al de Condestable o Capitán general del mar, cuando vino a Castilla con el objeto de asistir a los desposorios de su prima doña Juana,

y estrechándole el Rey a quedarse a tomar parte en las guerras contra los infieles, le hizo ricohombre y le confirmó en su dignidad de Almirante, poniendo bajo su mando la Armada, que se aprestaba a la sazón para la conquista de Sevilla.

» Empeñado el honor de don Ramón por ese título nuevamente introducido en el ejército de los monarcas españoles, se trasladó a los mares de Ceuta, donde se hallaba aplayado el enemigo. Su Armada no contaba más que trece naves, y, teniendo la de los adversarios más de treinta, el triunfo no parecía dudoso.



VII

Cómo describe Monje la conquista de Sevilla

» En efecto, apenas rompió el Almirante las primeras hostilidades, cuando tuvo motivos de arrepentirse de su temeridad y osadía: careciendo de fuerza suficiente para resistir el violento choque de la escuadra contraria, se vió precisado a cejar muy pronto, escapando a todo trapo del inminente riesgo que le iba a los alcances. Pero en vez de intimidarse con aquel revés, luego que puso a salvo sus galeras, resolvió volver a la carga, comunicando antes al Rey la exposición en que había estado y la necesidad de que le prestase inmediatamente nuevos auxilios. San Fernando recibió alarmado aquel mensaje y contestó a don Ramón en estos términos:

» "Recibí carta vuestra por mano de vuestro hijo D. Pedro Bonifaz, e conozco la gran lealtad vuestra, y las buenas diligencias que facedes en concertar la vuestra armada, pues solo en vos tenemos puestas todas las esperanzas en esta empresa de Sevilla, que nom se puede tomar si nom se les quita la cadena que está en el río, que vos tengo escrito todo lo que se ha de facer, e vos vengades a mas andar, asegurando la vuestra armada de los moros, que ya sabedes, que sola la vuestra tengo, é que nom vos puedo dar socorro por mar; que com tan grand capitan, é mi Almirante de toda experiencia, tengo puestas con el favor de Dios todas las esperanzas que sin vos nom se puede tomar esta villa.

" Yo salgo de Alcalá del Río luego, y daros he socorro, que me dais aviso como los moros vos vienen siguiendo por vos facer daño, y el socorro que me demandais, saldre de aquí mañana, e mirar de facer que non vos tomen la vuestra armada, que es en grand grado las galeras que tienen con otros barcos de Ceuta y Tánger y Sevilla, que me dais aviso, e sin los moros que van

llegando por tierra, que es grand número; pero confiado en la Virgen, espero de daros socorro, y estad con buen ánimo, que os prometo de facer todo esfuerzo, hasta veder en seguro la vuestra persona e armada, é faré de romper todos los peligros, como vos tengo escrito, que ya conozco en el grand peligro que teneis toda vuestra gente y persona de que fago toda estimación, come tal vasallo, é de tanta prueba e confianza como de vos tengo.

" Dios vos guarde. De Alcalá del Río 4. de Abril Era de 1.210 años. Año 1248. Yo el Rey."

» Estos elogios, en boca de un monarca tan audaz, reanimaron al Almirante, haciéndole mirar con indiferencia hasta el sacrificio de su libertad y su vida. Sin esperar, pues, a que llegase el deseado refuerzo, enderezó su rumbo hacia las aguas en donde campeaba la flota sarracena. Arengó breve pero enérgicamente a sus compañeros y, decididos éstos a morir como héroes de la milicia de San Fernando, sorprenden con brusco ataque las naves de Tánger, apoderándose de ellas en pocos momentos; y cayendo con la rapidez del venablo sobre las de Ceuta y Sevilla, que descansaban, desapercibidas, en su última victoria, se hicieron dueños de ambas sin haber perecido en la refriega un solo soldado.

» Cargado de despojos y prisioneros salió D. Ramón al recibimiento del Rey, que, acompañado de su hijo D. Alfonso y con una buena corte de guerreros, se hallaba acampado junto a la costa.

» Fuera de sí con aquella satisfactoria nueva, saltó presuroso al mar el devoto Fernando, y, dando gracias a Dios y a su invicto general, le manifestó la oportunidad que se presentaba para marchar sin dilación contra Sevilla por el río que tenían a la vista. Antes de ponerse en movimiento, envió D. Ramón, con beneplácito del Rey, una carta a su hijo D. Luis, que habitaba en su casa solariega de Burgos, ordenándole que se trasladase al Real con todos los caballos de armas y refuerzos que tuviese disponibles y pudieran dar brillo y grandeza a sus valerosas huestes. Encargábale que, tomando todas las doblas necesarias para presentarse como correspondía a su nobleza, entrase en el campo del Rey dando muéstras de que era hijo suyo e impávido campeón. También indicaba en aquel pliego el dolor que le causara la muerte de su hermano D. Juan de Bonifaz, acaecida en ocasión que él no había podido asistirle en sus últimos momentos, como sinceramente lo había deseado, alegando que era pri-

mero su honor y su rey. Axioma y particularidades vacías de significación entre nosotros, pero que no por ello dejaran de constituir el primer ornamento del patricio honrado y leal.

» En los días que transcurrieron hasta la llegada de D. Luis, contuvo el Almirante varios moros que asaltaban a los pasajeros, suscitando algunas escaramuzas. El mismo se lo refería a su hijo en segunda carta, especificándole una que había ganado con las siguientes palabras:

» "Viniendo de quitar una presa que habían fecho los moros en un puerto de mar, de cien homes fallé naos de turcos e moros, e las tomé, e fallé dentro un fijo del Rey de Córdoba, que nunca se quiso dar a partida, e dos fijas de Almete el de Granada, que he hecho presente a mi señor el Rey, y otras presas buenas de valor que iré dando, que cuando vengades las veredeis y daredeis al señor D. Alonso. Vuestro padre D. Ramón de Bonifaz. Del Río de Sevilla a ocho de Mayo. Era de 1216 años. Año 1248."

» Llegó, por fin, D. Luis al campamento, donde con tanta impaciencia se le aguardaba, y dando el Rey la señal de partida, comenzaron a mirar río arriba, hasta que descubrieron a lo lejos los minaretes y las cúpulas de la encantadora población que se prometían conquistar. Empero veían una línea fortificada por todas partes y casi inaccesible. Un enjambre de moros se agrupaba encima de los adarves, llevando enormes aljabas a la espalda y empuñando formidables arcos con que disparar una lluvia de arpones sobre la escuadra sitiadora. ¡Terrible empresa la que ésta empezaba a acometer! Acaso los obstáculos más obvios de los que resistían la toma de la ciudad eran su numerosa guarnición, sus altas y robustísimas murallas, sus cerradas puertas y la obstinación y el encarnizamiento del pueblo que la guardaba.

» Era todavía más imponente la disforme cadena que cruzaba el río desde la Torre del Oro a Triana, interceptando el paso a las naves y dejándole expedito para la conducción de vituallas que de aquel barrio hacían los de la ciudad. Sin duda que si San Fernando no confiara más en el favor del Cielo que en el arrojo de sus súbditos, pronto hubiese abandonado una pretensión tan ardua, a la vista de las infinitas dificultades que a cada momento inutilizaban sus cálculos. Diez y seis meses iban a cumplir sin esperanza de lograr ventaja alguna, cuando fraguó la última intentona, más bien con la idea de despedirse honrosa-

mente que con la ilusión de ver coronados sus inútiles aunque reiterados esfuerzos.

» Era el 16 de Noviembre del año 1248, y habiendo pasado el virtuoso Monarca en oración los tres días anteriores, sin permitir que nadie le hablase, dió aviso al Almirante Bonifaz, ordenándole que dispusiera dos naves y las acercara todo lo posible a la fatal cadena. Hizolo como se lo mandaba el entendido jefe, y aunque sirviendo de blanco a las flechas que los moros descargaban, no por eso suspendió su derrotero. Favorecía mucho un viento ábrego que había comenzado a soplar; y tal incremento adquirió, que, hinchando completamente las velas de las dos embarcaciones, las empujó de una manera espantosa, rompiendo no solamente la cadena, sino también el puente de madera que facilitaba la correspondencia entre Triana y Sevilla.

» Dueños ya los cristianos de la línea que más interesaba dominar a los infieles, intimaron a éstos a la rendición, haciéndoles ver el trágico fin que les esperaba si se obstinaban en ceder a la falta de alimentos antes que capitular con sus vencedores.

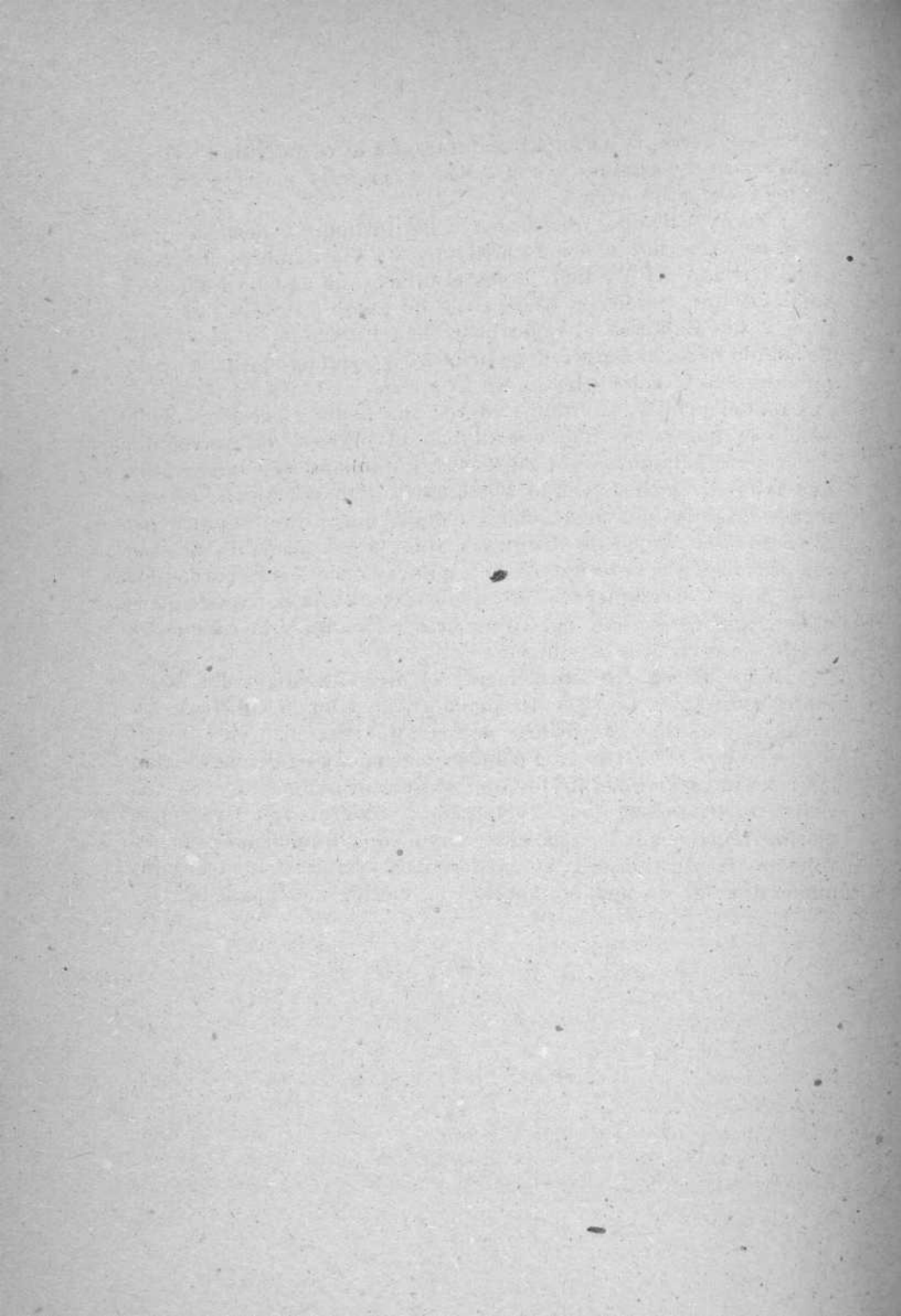
» Les señalaron el plazo de siete días para que tomasen su determinación; y, efectivamente, al amanecer del 23 de Noviembre del año 1248, entregó el Rey de los usurpadores a San Fernando las llaves de la ciudad en una bandeja de oro, desde cuyo tiempo quedó Sevilla con el doble renombre de hermosa y de cristiana. Como la armada del Almirante fué la que arrostró el primer peligro, obtuvo D. Ramón en recompensa de su audacia muchos y costosos regalos. Un rico alfanje, que había pertenecido al Rey árabe de Sevilla; el señorío de Villovela, en la merindad de Castrojeriz, y el de la villa de Abriada, en Campomañoz, fueron las primeras pruebas de la generosidad y agradecimiento de San Fernando hacia su heroico vasallo. Siguiéronse a éstas otras donaciones, mercedes y privilegios, manifestándose el primer Almirante de Castilla cada vez más acreedor a las consideraciones del Soberano, ya prestándole personalmente servicios, ya defendiendo su causa por medio de sus riquezas y deudas. No existe nombre más repetido en la historia de D. Fernando el Santo que el de D. Ramón de Bonifaz. Las escasas familias que van perpetuando en nuestro siglo su honorable apellido le reconocen con justo orgullo por su progenitor, bien que en realidad sólo fuese un vástago ilustre del árbol que estaba dando una sucesión continuada de defensores del cristianismo y sus

principes, desde D. Ocón de Bonifaz, conde o individuo del senado romano y nombrado el año 424 gobernador y virrey general de los estados de Africa.

» Pero el tiempo, que destruye las fortunas y deslustra con su aliento las hazañas más brillantes de los hombres, también se ha burlado del prestigio de los Bonifaces, de aquella influencia sin rival que ejercieron en la corte de todos los Reyes de Castilla, desde Eudorico el Godo hasta San Fernando, y desde San Fernando hasta el Emperador Carlos V. A seguido de este artículo memoramos el estado lastimoso a que ha venido a parar el sepulcro del primer Almirante, los de sus inclitos sucesores y la suntuosa iglesia en que disfrutaban el derecho de patronato.

» No señalamos el año en que D. Ramón dejó de existir porque tampoco hemos podido averiguarlo. Recorriendo posteriormente el salón del mencionado templo, encontramos entre los escombros el escudo de sus armas, ostentándose partido su palo con escaques a la derecha de oro y gules, y once leones coronados sobre azul a la izquierda; adornado el contorno de cuatro pendones lunados en jefe, cuatro áncoras en punta y la cadena de Sevilla en orla, rota por medio.

» Este ha sido indudablemente el último vestigio del Almirante, expuesto a la vista del pueblo. Aun cuando subsisten todavía dos familias celosísimas por la conservación de los pergaminos en que se le tributa el debido homenaje, y en que se elogian las relevantes prendas de los diez y siete hijos que tuvo en sus cuatro matrimonios, jamás volverán a recobrar aquel recuerdo glorioso encomendado a la custodia de una tumba, que los revolucionarios extranjeros convirtieron en arcilla, como otras innumerables de no menos importancia, mérito y estimación.»



VIII

Cómo describe Lafuente la conquista de Sevilla

Hemos dado a conocer en los artículos anteriores lo que sobre la conquista de Sevilla han escrito los cronistas burgaleses. Y en el presente vamos a reseñar lo que sobre tan interesante acontecimiento dice —en las páginas 398 y siguientes del tomo primero de su gran obra titulada «Historia General de España»— el notable historiador y académico don Modesto Lafuente, para que todos, y especialmente los burgaleses, tengamos una noticia clara y detallada de la conquista de Sevilla, llevada a efecto por el gran rey Fernando III el Santo, fundador de nuestra incomparable catedral, y el insigne burgalés don Ramón de Bonifaz y Camargo primer almirante de Castilla.

Dice así el mencionado historiador:

«Desde que concibió Fernando el pensamiento de la conquista de Sevilla, había llamado a su corte a Ramón de Bonifaz, noble ciudadano burgalés, que gozaba fama de hábil y entendido marino, y encargándole que construyese y habilitase naves con que poder combatir la ciudad por el lado del Guadalquivir: que en verdad fuera inútil sitiarla por tierra si se dejaba libre el río a los cercados o para huir o para recibir socorro. Dióle, pues, el cargo y título de primer Almirante o jefe de las fuerzas de mar, principio y creación de la dignidad de almirante, que tan importante se hizo después en Castilla. Cumplió Ramón Bonifaz el mandato del Rey con actividad prodigiosa, dedicándose a la construcción de naves en las marinas de Vizcaya y Guipúzcoa, cuyos habitantes se han distinguido siempre como intrépidos y diestros marinos.

» Fortificaba el Rey a Alcalá del Río, que acababa de conquistar, cuando le llevó un mensajero la buena nueva de que Ramón de Bonifaz había arribado felizmente a la embocadura

del Guadalquivir con una flota de trece naves y algunas galeras, bien tripuladas y abastecidas. Gran contento recibió de esto el monarca y tuvole mucho mayor cuando supo con poco intervalo de tiempo que su almirante había dado ya una brillante muestra de su inteligencia y de su arrojo, venciendo con sus valerosos vizcaínos una armada de más de treinta embarcaciones moriscas que de Ceuta y Tánger venían en socorro de los sevillanos, apresándoles una y haciendo huir las demás, y que Ramón Bonifaz quedaba enseñoreando el río. Con esto, el rey, que había levantado ya sus reales de Alcalá para ir en auxilio de la armada, mandó avanzar a su gente, y el 20 de Agosto de 1247 púsose el ejército cristiano sobre Sevilla.

» Vióse, pues, la insigne ciudad del Guadalquivir bloqueada de uno y otro lado del río. Con gran trabajo y peligro, pasaron éste por bajo de Aznalfarache el valeroso maestre de Santiago don Pelayo Correa con sus freires, y el rey moro de Granada Alhamar con sus caballeros, para atender el gran barrio de Triana (el Atrayana de los moros); que, separado de la ciudad por el Guadalquivir, se comunicaba con ella por medio de un puente de barcas amarradas con gruesas cadenas de hierro. Las salidas, los rebatos, las cabalgadas, escaramuzas y peleas que cada día ocurrían de uno a otro lado del río eran tantas y tan frecuentes, que las proezas e individuales hazañas a que dieron ocasión sería difícil enumerarlas. En grandes aprietos y apurados lanceos se vió el insigne prior de Uclés don Pelayo Correa, teniendo que atender a los moros de Aznalfarache y de Triana y al rey o señor de Niella —que, con la caballería de Algaler, vino a socorrer a los sevillanos—, y tuvo Fernando que darle ayuda, enviándole trescientos hombres con los capitanes Rodrigo Flórez, Fernando Yáñez y Alonso Téllez. En el campo del rey, establecido en Tablada, y para cuya seguridad hubo que hacer una casa o trinchera, distinguióse por su valor y arrojo Gómez Ruiz de Manzanedo, que gobernaba la gente del concejo de Madrid, y el intrépido Garcí-Pérez de Vargas; que por dos veces se burló él solo de siete moros que, en una de sus atrevidas excursiones, le salieron al encuentro. Otro día salieron los sevillanos con intento de quemar las naves de Ramón Bonifaz, que les impedían recibir socorro ni de gente ni de abastecimientos. Al efecto, hicieron una gran balsa que atravesaba el río y en ella pusieron tinajas llenas de alquitrán y de resina, y, acercando la balsa a las em-

barcaciones cristianas, trataron de arrojar sobre ellas el alquitrán, lanzando al propio tiempo mechas encendidas. Salióles mal este ardid, porque, apercibido el almirante cristiano, cargó tan reciamente con sus naves contra los moros de la balsa y contra las pequeñas galeras sevillanas, que volvieron bien escarmentados, así los del río como los que protegían su operación por tierra, principalmente desde la Torre del Oro, o —como dice la crónica— "hicieron a los moros ser arrepijos de su acometimiento".

» Coincidiendo este triunfo con la noticia de la rendición de Carmona, que, transcurridos los seis meses de la tregua y no viendo esperanza de ser socorrida, se dió en señoría al Rey Fernando, sin otra condición que la de salvar los moros sus vidas y haciendas, Don Rodrigo Gonzalo Girón tomó posesión de Carmona en nombre del Rey, y quedaron por aquella parte los cristianos sin enemigos a lá espalda y desembarazados para atender mejor al cerco de Sevilla. Continuaban en éste los encuentros diarios entre sitiados y sitiadores por agua y por tierra casi sin descanso, dando lugar a multitud de parciales hazañas y heroicos hechos que fuera prolijo referir, y en que se distinguieron principalmente el almirante Ramón Bonifaz, el maestre de Santiago don Pelayo Correa, los de San Juan, Calatrava y Alcántara, el infante don Enrique, los caballeros Garci-Pérez de Vargas, Rodrigo González Girón, Alfonso Téllez, Arias González y otros no menos ilustres adalides. Ibanse agregando al ejército sitiador nuevos pendones y concejos de León y Castilla, y hasta el arzobispo de Santiago acudió con huestes de gallegos, y no fueron pocos los prelados y clérigos que de todas partes iban a incorporarse al ejército cristiano. Lo que dió más animación y lustre al campamento fué la llegada del príncipe heredero don Alfonso, que, ordenadas las cosas de Murcia y arreglada la contienda que traía con su suegro don Jaime de Aragón sobre límites de los dos reinos, que desde entonces quedaron del modo que hoy se hallan, dejó, obedeciendo al llamamiento de su padre, y se presentó en los reales acompañado de Don Diego López de Haro y con refuerzo considerable de castellanos.

» La larga duración del sitio, que contaba ya cerca de un año, permitía espacio y suministraba ocasiones para todo género de lances, de vicisitudes y alternativas, de situaciones dramáticas, de aventuras caballerescas y de episodios heroicos.

Entre las industrias empleadas para cortar la comunicación de los moros de Sevilla con los de Triana por el puente de barcas del Guadalquivir fué una, y la más notable y eficaz, la de escoger las dos más gruesas naves de carga de la flota cristiana y, aparejándolas de todo lo necesario para el caso y montando en una de ellas el mismo Ramón Bonifaz, hacerlas navegar a toda vela y cuando soplabá más recio el viento un buen trecho del río, hasta chocar con impetu contra el puente de barcas. La primera no hizo sino quebrantarle; pero al rudo empuje de la segunda, en que iba el almirante, rompiéronse las cadenas que ceñían las barcas. El puente quedó roto y deshecho, con gran regocijo de los cristianos y no menos pesadumbre de los moros, que se vieron privados del único conducto por donde podían recibir socorro y mantenimientos.

» Era el día de la Cruz de Mayo (1248), y, atento al día y al objeto de la empresa, hizo el rey enarbolar estandartes con cruces en lo más alto de los mástiles de la nave victoriosa y colocar al pie del palo mayor una bella imagen de María Santísima. Al día siguiente, sin perder momento, dispuso el rey, de acuerdo con Don Ramón Bonifaz, atacar Triana por mar y por tierra. Pero los moros del castillo arrojaban sobre los cristianos tal lluvia de dardos emplumados y de piedras lanzadas con hondas, y era tal el daño y estrago que hacían, que el rey hubo de mandar que se alejasen los suyos, y encargó al infante don Alfonso que, con sus hermanos don Fadrique y don Enrique, y el maestre de Uclés y demás caudillos, minasen el castillo; hicieronlo así; mas, tropezándose con la contramina que los moros hacían, hubieron de desistir, y nada se adelantó entonces contra Triana.»

IX

Solemne entrada del ejército cristiano en Sevilla, que desde entonces conmemora la efemérides de su conquista el 23 de Noviembre

Ya hemos visto cómo Lafuente narra los preparativos y primeras tentativas realizadas por Bonifaz para la conquista de Sevilla.

Prosiguiendo el brillante historiador su relato, dice:

«Por dos veces durante el sitio recurrieron los moros a la traición, ya que en buena ley veían no poder conjurar la catástrofe que los amenazaba, enviando al campamento cristiano quien, con engaños y fingidas artes, viera si podía libertar al islamismo del terrible y obstinado campeón de los cristianos.

» Uno de aquellos traidores fué enviado al Rey don Fernando, y otro a su hijo don Alfonso. En ambas ocasiones se hubieran visto en peligro las dos preciosas vidas del soberano y del príncipe si la sagacidad y la previsión no hubieran prevenido el engaño y frustrado los designios de la sorpresa, burlando por lo menos a los alevosos, ya que no pudo alcanzarles el castigo de su perfidia.

» Al fin, después de quince meses de asedio, cansados y desesperanzados los moros, no muy provistos ya de vituallas y sin fácil medio de introducirlas, determinaron darse a partido y propusieron al Rey la entrega de la ciudad y del alcázar, a condición de que quedasen los moros con sus haciendas y que las rentas que percibía el emir se repartiesen entre él y el monarca cristiano por mitad. A estas proposiciones, que se hicieron al Rey por conducto de don Rodrigo Alvarez, ni siquiera se dignó contestar. En su virtud, ofrecieronle otros partidos, llegando hasta proponerle la posesión de las dos terceras partes de la ciudad,

obligándose ellos a levantar a su costa una muralla que dividiera los dos pueblos.

» Todo lo rechazó Fernando con entereza y aun desdén, diciéndoles que no admitía más términos y condiciones que la de dejarle libre la ciudad y entregársele a discreción. Al verle tan inexorable, limitáronse a pedir que les permitiera al menos salir libres con sus mujeres y sus hijos y el caudal que consigo llevar pudieran, a lo cual accedió ya el Rey.

» Una cosa añadían, y era que les dejasen derribar la mezquita mayor o, por lo menos, derruir la más alta torre, obligándose ellos a levantar otra no menos magnífica y costosa. Remitióse en esto el monarca a lo que determinase su hijo don Alfonso, el cual dió por respuesta que si una sola teja faltaba de la mezquita haría rodar las cabezas de todos los moños, y por un solo ladrillo que se desmoronase de la torre no quedaría en Sevilla moro ni mora con vida.

» La necesidad les forzó a todo, y aviniéronse a entregar la ciudad libre y llanamente. Firmóse esta gloriosa capitulación a 23 de Noviembre de 1248, fiesta de San Clemente.

» Aunque la ciudad pertenecía ya a los cristianos, todavía se difería la entrada pública por un mes, plazo que generosamente otorgó el Rey a los rendidos para que en este tiempo pudieran negociar sus haciendas y haberés y disponer y arreglar su partida.

» Ofreció además el monarca vencedor que tendría aparejados por su cuenta acémilas y barcos de transporte para llevarlos por tierra o por mar a los puntos que eligiesen, y permitió al rey Axatal que dice nuestra crónica —o sea al walí Abut Hassan, que así nombran al defensor de Sevilla los árabes— dejarle vivir tranquilamente en Sevilla o en cualquier otro punto de sus dominios, dándole rentas con que pudiese vivir decorosamente; pero el viejo walí, como buen musulmán, no quiso sino embarcarse para Africa en el momento de hacer entrega de la ciudad.

» Cumplido el plazo, verificóse la entrada triunfal del ejército cristiano en la magnífica y populosa Sevilla.

» Adelantóse Abul Hassan a hacer formal entrega de las llaves al Rey Fernando, y, mientras el musulmán proseguía tristemente en busca de la nave que había de conducirle a llorar su desventura en Africa, mientras por otra puerta salían trescientos

mil moros a buscar un asilo o en las playas africanas o en el Algarbe español o en el recinto de Granada, bajo la protección del generoso Alhamar; los cristianos entraban en procesión solemne en la insigne ciudad de San Leandro y de San Isidoro, más de quinientos años hacía ocupada por los hijos de Mahoma.

» Sublime y grandioso espectáculo sería el de esta ostentosa entrada. Era el 22 de Diciembre. Delante iban los caballeros de las Ordenes militares con sus estandartes desplegados, presididos por sus grandes maestros: D. Pelayo Pérez Correa, de Santiago; don Fernando Ordóñez, de Calatrava; don Pedro Fáñez, de Alcántara; don Fernando Ruiz, de San Juan, y don Gómez Ramírez, del Temple. A la cabeza de los seglares, el clero, presidido por los obispos de Jaén, de Córdoba, de Cuenca, de Segovia, de Avila, de Astorga, de Cartagena, de Palencia y de Coria.

» Seguía un carro triunfal en cuya parte superior se veía la imagen de Nuestra Señora, como queriendo mostrar el vencedor que era a la Reina del Cielo a quien debía sus triunfos. A los lados del carro sagrado marchaban el Rey don Fernando, llevando la espada desnuda; su esposa, la Reina doña Juana; los infantes don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Sancho y don Manuel, hijos del Rey; el príncipe don Alfonso de Molina, su hermano; el infante don Pedro de Portugal; el hijo del Rey don Jaime de Aragón y el del rey moro que fué de Baeza, y Uberto, sobrino del Pontífice Inocencio IV.

» Seguíanlos don Diego López de Haro, duodécimo señor de Vizcaya, y los ricoshombres, caballeros y nobles de León y Castilla, cerrandó la marcha las victoriosas tropas y los soldados de los conteejos, con sus respectivas banderas y variados pendones.

» Purificada la mezquita mayor por el arzobispo de Toledo don Gutierre, celebrada por él la primera misa en aquel mismo carro triunfal, artificiosamente dispuesto para que sirviese de altar portátil, y enarbolado en la más alta torre el estandarte real con la cruz, pasó el Rey a tomar posesión del Alcázar y a poseer el gobierno de la ciudad y reino conquistados. Restableció la antigua iglesia, nombrando por primer arzobispo al Prelado de Segovia don Ramón de Lozana, si bien haciendo procurador de la metrópoli y como arzobispo de honor a su hijo el infante don Felipe; estableció cabildo eclesiástico y dotó la iglesia con ricos heredamientos. Repartió las tierras y casas de los musulmanes

entre los que más habían ayudado a la conquista; llamó pobladores, que de todas partes acudieron a la fama de la grandeza de la ciudad y de la fertilidad y abundancia de su suelo; dióles franquicias y libertades, otorgándoles el fuero de Toledo; creó para el gobierno de la ciudad un cuerpo de curial para sentenciar los juicios, y, finalmente, nada descuidó de cuanto podría contribuir a dejar establecido un orden de gobernación tal como lo requería la insigne ciudad.»

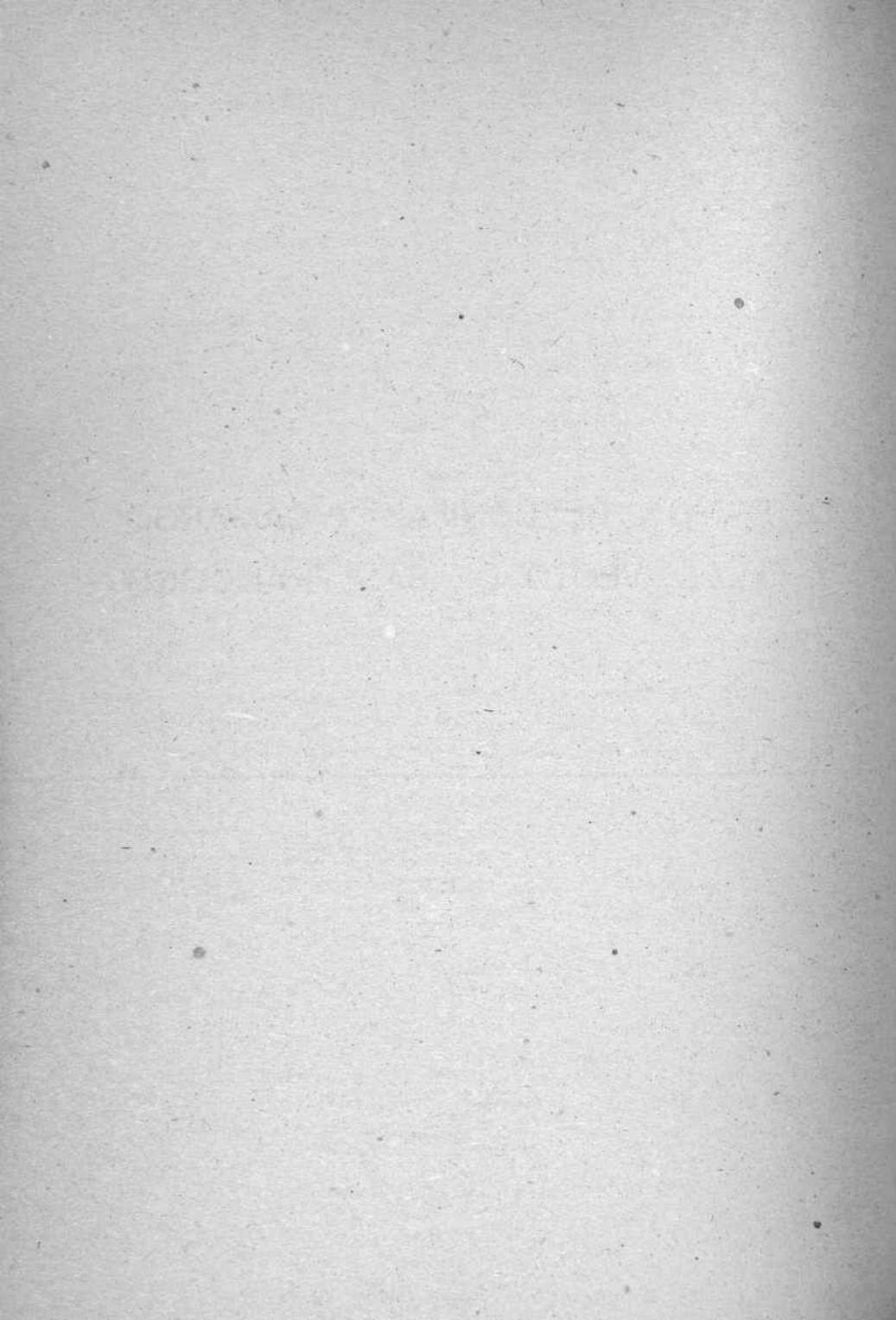
Hasta aquí, el relato de lo que fué la conquista de Sevilla. Es curioso, por lo demás, señalar cómo desde entonces se conmemora aquella efemérides en la capital andaluza.

Se celebra todos los años con gran solemnidad el día 23 de noviembre. Por la mañana, se descubre el cuerpo del Rey Santo, que está sepultado en la capilla que lleva su nombre en la catedral sevillana, a cuyo acto asisten tropas de ingenieros, con bandera y música, encargadas de rendir honores.

Seguidamente se celebra una solemne procesión por gradas altas, a la que asisten el Excmo. Cabildo Catedral y autoridades civiles y militares, siendo el gobernador civil portador del pendón de la conquista, y el alcalde, de la espada. De vuelta al templo, se depositan las insignias al pie del sepulcro, que queda descubierto hasta las últimas horas de la tarde, en que, después de hendir honores las tropas, de nuevo se cubre el sepulcro del Santo Rey, y así termina la conmemoración de la conquista de Sevilla el día 23 de noviembre, fiesta de San Clemente.

Y ahora, un detalle final, altamente interesante para Burgos: dos obispos burgaleses asistieron a la toma de Sevilla. El maestre Juan, de Medina de Pomar, sobrino del obispo don Mauricio, canónigo de Toledo, capellán del Papa, arcediano de Briviesca y, por fin, arzobispo de Toledo y sucesor del célebre historiador don Rodrigo Jiménez de Rada, y don Aparicio, obispo de Burgos.

D. RAMON DE BONIFAZ Y CAMARGO
Y EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO



I

San Francisco funda en Burgos, en la ermita de San Miguel, el primer paso hacia el histórico convento

La colosal figura histórica de don Ramón de Bonifaz y Caramargo, primer almirante de Castilla e insigne burgalés, tiene para nosotros, junto a su valor excepcional en la Historia, un perfil profundamente sentimental, por enlazarse además en el recuerdo con otra de las glorias burgalesas, como el convento de San Francisco, de tan profundo significado en la vida y en la Historia de nuestra ciudad.

Por eso, teniendo en cuenta que la semblanza efectiva y completa del glorioso navegante quedaría incompleta si dejáramos de aludir al mencionado convento, iniciamos hoy un estudio de éste, estudio que abarcará cuanto sobre él se ha escrito y que forzosamente ha de resultar interesante para los burgaleses, añadiendo a las circunstancias citadas en artículos precedentes la de saber que allí recibieron sepultura los restos mortales del insigne marino.

Recordemos, en primer término, como obligado proemio de tal análisis, que al histórico convento de San Francisco propiamente dicho precedió en Burgos la fundación de la ermita de San Miguel, llevada a cabo en 1213 y personalmente por el santo, que a tal efecto hizo un viaje a nuestra ciudad.

Los historiadores burgaleses, unánimemente, señalan que el Seráfico Padre llegó a nuestra ciudad a fines del mencionado año, con objeto de fundar en ella un convento o monasterio de su Orden, y que, entusiasmados con esa idea tanto el rey de Castilla don Alfonso VIII como el cabildo de la Santa Iglesia, deseoso éste de servir al santo, le donó sitio muy a propósito para el fin deseado, como fué la iglesia de San Miguel, más tarde reducida a ermita.

Demuestra ser cierta tal tesis no sólo la unanimidad con que los eruditos indicados la mantienen, sino porque, a mayor abundamiento, así lo afirma igualmente el Padre fray Domingo Hernández de la Torre en su interesante «Chronica de la provincia de Burgos de la Regular Observancia de Nuestro Santo Padre San Francisco», terminada por fray Joseph Sáenz de Arguinigo y editada y publicada en Madrid el año 1722, cuando dice lo siguiente:

«Ermita de San Miguel. En dicha ermita fué la primitiva fundación franciscana de Burgos, hecha por el propio Santo, desde luego la primitiva en Castilla y acaso en España, pues el Cabildo de la Catedral de Burgos ofreció y dió al seráfico Padre para convento la ermita de San Miguel, de la cual tenía la posesión por habérsela donado a dicho Cabildo dos nobles ciudadanos que la habían fabricado a sus expensas, por su devoción, con una habitación contigua.

» Estaba y persevera esta ermita en una cuesta hacia el Norte de la ciudad distante como media milla, en sitio solitario, aunque, según las antiguas memorias, entonces lleno de árboles y muy propio para retiro, penitencia y contemplación, y sobre el año 1226 se trasladó el Convento al lugar donde persiste.»

Asegura por otro lado el Padre Prieto en su «Historia eclesiástica de Burgos» que «se conservaba en el convento de la Merced, lo que se sabe por un letrado que se descubrió el año 1579, en que se reforzó la ermita de San Miguel, que reposaban en ella fray Lobo y otros dos cuerpos de los primeros fundadores de aquel Monasterio llamados Antonio y Julián».

Y—según dice Castillo y Pesquera, en su «Breve Compendio Manuscrito de la Historia Eclesiástica de la Ziudad de Burgos», publicado el año 1697, del que tenemos copia—«en esta ermita, el año 1213 el Glorioso Patriarca San Francisco fundó su combentto y lattiene a su cargo el Cauildo de la Santa Iglesia y nombra Prevendados que asisten a su fiesta.—Pareze por su archibo que el año 1188 le dieron al Cauildo con ttoda su hazienda Dos hermanos de el Conde de Najera los quales estubieron sirviéndole mientras vivieron.» Y el anotador de dicho «Compendio» consigna después que la ermita de San Miguel «la derribaron los franceses y que los españoles, ingleses y portugueses, en el año de 1812, hicieron en ella baterías para tomar el castillo, aunque no pudieron tomar».

El notable historiador don Juan Cantón Salazar y Setién, canónigo que fué de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos, en las páginas 136 y 137 de su notable obra titulada «Vida y Milagros de Santa Casilda», editada en Burgos el año 1734, dice, confirmando tal aseveración:

«En dicha Bula nombra la de San Miguel que oy es Hermita y está encima de la cuesta, que mira azia el Convento de S. Francisco, llamándola algunas escrituras antiguas San Miguel del Mercado. Algunos dicen la fundó el Rey D. Fernando el primero de Castilla y concedió su privilegio para que se hiziesen en lo llano de la cuesta dos mercados cada año y de aquí tomó el nombre de San Miguel del Mercado. Lo más cierto es, por más antiguo y que este Rey lo reedificó y fundó en lo llano de la cuesta algunas casas y concedió los Mercados. Es propia del Cabildo de esta Santa Iglesia Metropolitana, en ella la Cofradía del Santísimo Sacramento que oy está en la Parroquial de San Estevan de esta ciudad, iba todos los años en procesión el día primero de Agosto.»

El erudito y sabio historiador fray Enrique Flórez, ex asistente general de las Provincias de España y sus Dominios, orden de San Agustín, en su monumental obra titulada «España Sagrada», editada en Madrid el año 1824, dice en las páginas 262 y 263 del tomo 27, que contiene las Iglesias Colegiales, Monasterios, Parroquias y Hospital de la ciudad, lo siguiente:

«Pocos empeños ni memoriales serían necesarios para conceder al Santo facultad de fundar; pues en la piedad notoria del Rey D. Alfonso VIII, la edificación apostólica del seráfico padre, movería más a darle gracias que a poner estorvos ni dilaciones. A la aprobación del Rey se juntó la del Cabildo de la Santa Iglesia, que, ambiciosa de servir al Santo, le donó sitio muy dispuesto para el fin deseado, pues tenía iglesia y alguna habitación. El título lisonjeaba mucho la devoción del Santo Patriarca, pues era y hasta hoy persevera con el de San Miguel. Está reducida a ermita, enfrente del actual convento de San Francisco, pero, en el año 1163, la contó el Papa Alejandro III entre las once iglesias de Burgos, que confirmó en la posesión de Santa Iglesia a petición del Obispo D. Pedro Pérez, Ecclesiam S. Michaelis, como vimos en el tomo precedente, apéndice XV.»

Y el canónigo Cantón, en la página 136 de la mencionada «Vida de Santa Casilda», dice que algunas escrituras antiguas

la llaman San Miguel del Mercado, por haber concedido el rey don Fernando I que se tuviesen dos al año en el llano de la cuesta, donde hizo algunas casas, y junto a la iglesia había habitaciones, como refiere Hernáez de la Torre en la Crónica franciscana de Castilla, cap. 5.º

Cedió esto liberal el Ilmo. Cábildo, y el humilde patriarca se acomodó luego allí con algunos discípulos. Pero, llamándole su apostólico celo de propagar el instituto, dejó aquí al beato fray Lobo con otros tres, fray Antonio y fray Julián y un anónimo, cuyos cuerpos se hallaron incorruptos en el año 1579, én que se reforzó la mencionada ermita de San Miguel, según refiere el autor de la citada Crónica, cap. 11, tomándola de la historia del Ilmo. Sr. Prieto, de la Real y Militar Orden de la Merced.

II

Comienza la construcción del convento en 1226

Los cronistas burgaleses, con gran unanimidad, afirman que, al cabo de trece años de haber efectuado San Francisco la fundación de su Orden en la ermita de San Miguel, el beato fray Lobo encontró un lugar más adecuado que el que hasta entonces ocupaba la ermita de San Miguel, poco accesible, sometida a todos los vientos y además destemplada e incómoda por esas y otras circunstancias.

El sitio elegido por el beato fray Lobo fué un lugar, también al pie de la cuesta de San Miguel, pero unido a la ciudad, aunque separado de los muros y cerca de los vecinos, para mayor facilidad en la predicación y uso de los Santos Sacramentos.

Protegió mucho esta traslación el canónigo don Pedro Díaz de Orense, que dejó en su testamento una gran limosna para comprar el sitio y promover la fábrica del nuevo convento o monasterio, así como también los PP. Trinitarios, que contribuyeron igualmente cediendo algo de su territorio para tal fin.

La construcción del convento comenzó el año 1226, viniendo por entonces a Burgos el Padre fray Juan Paronte, como comisario de San Francisco. Y, con la protección del Santo Rey San Fernando, del Cabildó Catedral y de la Ciudad, empezó la obra.

El insigne almirante de Castilla don Ramón de Bonifaz fué el primer entusiasta del proyecto, que comenzó a desarrollarse por la Iglesia, y en ésta eligió aquél lugar para su enterramiento, en la nave del Evangelio, empezando por allí la construcción del templo.

Como decimos, la ciudad de Burgos colaboró directamente en ella, y a tal fin labró a sus expensas casi toda la nave prin-

cipal, por lo cual se pusieron sus armas sobre la puerta principal. Y, asimismo, otros muchos nobles contribuyeron edificando altares y capillas. El citado monasterio, que debió de ser suntuosísimo, pues tenía, como veremos más adelante, veintidós capillas, estaba situado, según es sabido, en la parte alta de Burgos, lugar que hoy ocupan el Parque de Intendencia y la Zona de Reclutamiento.

Los ilustres historiadores burgaleses Padre Melchor Prieto, en su Historia manuscrita de Burgos, año 1636, y Padre Palacios, en la suya, también manuscrita, 1729, hacen relación de la grandeza y riqueza del monasterio franciscano, lleno de sepulcros de las más nobles familias burgalesas.

El Padre Palacios afirma: «Los claustros son muy buenos y capaces, reedificándolos en todos los años pasados el Muy Reverendo Padre Fray Felipe Calvo, siendo Provincial de esta Santa Provincia, hijo y Guardián de este convento. Están hermosamente adornados con ricos quadros, todos con figuras de más que el natural, de los Santos Padres de las Religiones, y en los ángulos, algunos otros de la vida del seráfico P. San Francisco. Los más de ellos son de mano de Gaspar de Craver, insigne pintor extranjero; otros son de la de Mateo Zerezo, hijo de nuestra Ciudad.»

Y Castillo Pesquera, en su manuscrito titulado «Breve Compendio de la Istoria Eclesiástica de la Ziudad de Burgos Fundación de esta Ziudad, de Su Iglesia Maior, Parrochias y Comventos Asta este año de 1697», dice lo siguiente:

«Combento de San Francisco.—Quando el Glorioso Padre San Francisco bino en Romería al Apóstol Santiago estuvo en esta Ziudad donde alló gran agasajo y acogida y el Rei Dn. Alfonso el octavo le dió lizencia para fundar combento de su Religión en la hermita del Arcángel Sn. Miguel, a quien el Sto. siempre tuvo por abogado, y le aiunaba 40 días cada año fué esta fundación el año 1213; y dejó en el por primer Guardián al beato Fr. Lobo cuio cuerpo y los de sos compañeros Antonio y Julián parezieron incorruptos.

»Después por la descomodidad de la avitazió'n falta de agua y otras razones desearon bajarse abajo donde oí está que es la falda de aquel monttezilla. Dios movió el ánimo de un canónigo de esta Sta. Iglesia que les compró el sittio y el almirante de Castilla don Ramón de Bonifaz les ayudó a la Maior

parte de la fábrica de la Iglesia que parece fué el año de 1230.

»La Capilla maior deste Comvento fué en aquel tiempo la que oi es Corateral donde está enterrado don Ramón Bonifaz primer Almirante de Castilla: Tiene dos cosas el sepulcro de este Almirante que son que en el año 1476, biéndole un día la Reina Catholica D. Isabel mandó borrar las palabras de el epitafio que dezian que ganó Sevilla con el Rei Don Fernando. La otra es que en el año 1615 viendo este entierro el Rei Dn. Phe. Tercero y reparando que alrededor del Buitto de el Almirante estaban en pte inferior Doze imágenes de escultura de Piedra de los Doze apóstoles las mandó quitar las cavezas para borrar la representación que hazian pareziéndole este devoto Rei era poca dezencia que la figura de aquel almirante entre Apóstoles tubiese lugar más eminente y más acompañado de un Perro.

»La Capilla maior que oi tiene este comvento está llena de entierros de muchas familias de esta Ziudad los de Junto a las gradas del Altar maior son de los Salinas y los posee Dn. Bernardo de Salamanca Salinas y Dn. Bernardo de Burgos Salinas el corateral de el Evangelio es de los Condes de Montalvo que son Protectores de el Convento el de la epístola es de Dn. P. Huidobro de el Avito de Santiago; el Arco inmediato es el de los Vélez de Guabara Marqueses de Quintana las torres.

» La capilla donde está Sn. Roque es de Dn. Joseph Varona Ladrón de Guevara regidor de esta Ciudad y tiene este epitafio aquí yazen dos mui antiguos Cávalleros Pedro Varona y D.^a Cattalina de Torres su mujer Alcalde maior de esta Ziudad y Capitán de la Jente de ella quando se ganó Navarra Señor de Banconzillos y V.^a. Nueva Maiorazgo de Villamiel es suio perpetuo y de sus deszendientes este entierro.

» Capilla y Armas.—La capilla de Sn. Antto.^o. es de Miranda y las Posee Dn. Bernd.^o. de Burgos Salinas y Miranda.—La de Sn. Luis es de los Gallos Peñas que la posee Don Gonzalo Gallo de el ávitto de Sn. Tiago.—La de Sn. Buena Benttura es de Dn. Diego de Ierma de el consejo de hazd.^a. de su Mag.—La de la Concepción es de los Meléndez que posee Dn. Fr.^o. de Castro Meléndez de el Avitto de Sn. Tiago de el Consejo de hazd.^a. y governador de Aranjuez.—La de el St.^o. Xpto es de los Torres que posee don Miguel de la Torre, Regidor de esta Ziudad.—La de Santiago es de los Curieles Que posee don Pedro Gutiérrez Jirón Alcalde maior de esta Ziudad quien tiene también

un Arco y sepulturas en la Capilla maior de su baronia de Gutiérrez Junto a las de Bernui que son de el Marqués de Venameji; y ai otros muchos entierros de familias mui nobles de esta Ziudad y esa en esta Iglesia está enterrado el Infante Don Diego de Castilla y Dn. Diego López de Haro Señor de Vizcaia. La sachristia es de los del Numro. de esta Ziudad. Las dos capillas a la entrada Junto a las Pilas de el agua vendita la de la mano derecha es de la familia de los Ricos y la de mano Izquierda de los Castillos y esta la posee oi don Antt^o. Ronguillo conde Gramedo de el Consejo de la Cámara.»

III

Descripciones del Monasterio por varios ilustres historiadores

El erudito P. Flórez, en su ya citada obra titulada «España sagrada», dice en las páginas 264 y 265 del tomo 27 lo siguiente:

«Protegió mucho esta traslación el canónigo D. Pedro de Orense, que dejó en su testamento una gran limosna para comprar el sitio y promover la fábrica. Los reverendos Padres Trinitarios dicen haber contribuido también cediendo algo de territorio; y lo cierto es que confinan los unos con los otros. Esta traslación la reduce la crónica al año 1226 con poca diferencia, pues por entonces vino a Burgos el santo Padre fray Juan Parente, comisario del Santo Patriarca y perfeccionó la obra con protección del Santo Rey D. Fernando, de la Catedral y de la ciudad, celosos unos y otros del bien que de allí podía resultar a todo el pueblo.

»El esclarecido primer almirante de Castilla D. Ramón de Bonifaz desahogó su piedad y liberalidad en empezar la obra de la iglesia, y escogiéndola para depositar allí su cuerpo, como lo hizo, y de allí tomó ocasión Salazar de Mendoza para decir en el capítulo 15 de las dignidades de Castilla que este señor fué fundador del Monasterio de S. Francisco de Burgos y no fué sino bienhechor, como declaró él mismo en el testamento; y luego la Ciudad de Burgos labró casi toda la nave principal a sus expensas, por lo que pusieron sus armas sobre la puerta de la Iglesia. En la nave del lado del Evangelio en donde se enterró el señor Bonifaz, pues empezó por allí la fábrica de la iglesia; y habiendo puesto en el epitafio la expresión de que ganó a Sevilla mando la Reyna católica doña Isabel que lo enmendasen (porque el triunfo fué del Santo Rey) y pusieron: "Aquí yace el muy noble y esforzado Caballero D. Ramón de Bonifaz, primer Almirante de Castilla,

que fué en ganar a Sevilla y falleció el año de 1256." Este contribuyó al triunfo, rompiendo con una de sus naves la cadena y puente de barcas, en que tenían sus esperanzas los Moros y se vieron precisados a rendirse.»

El P. Palacios, mercenario, dice yacen también en esta capilla los cuerpos enteros de los tres santos religiosos primeros que murieron en el primer convento de S. Miguel, trasladados aquí por ser el sitio donde se entierran los religiosos. Pero lo contrario escribe la Crónica de Hernáez de la Torre, en el capítulo 13, donde los supone en la ermita de San Miguel, y aquí no reconocen más que las reliquias del beato fray Lobo, compañero del Santo Patriarca y primer Guardián, cuyo cuerpo se halló entero al abrir zanjas para un arco y arrojó sangre de un pie, donde le tocó el azadón del que cavaba. Después de algunos casos notables, volvió a ser descubierto, y finalmente colocaron sus huesos en el grueso de la capilla, al lado del Evangelio, junto a su antigua sepultura, en una hornacina, en caja dorada, con reja también sobredorada, donde los respeta la veneración.

Ilustran esta iglesia otras muchas reliquias; pero el cronista, como quien no tomaba por asiento esta sola casa, se contentó con referir un muy particular favor de las llagas, pues tiene del Seráfico Patriarca, consagrada con su pie, cuando el cielo le hizo el singular favor de las llagas, pues tiene hacia el medio un agujero con vestigios de sangre. Tiene, también, un poco de la túnica del Santo y de la zarza, con otras muchas reliquias de San Pablo Apóstol y del Patriarca San Basilio y San Benito, etcétera.

«Ha florecido esta casa en virtud y letras, por lo que ha sido favorecida de los Reyes y de los católicos, costearon los libros de coro y honraron el convento poniendo aquí el archivo del Reyno, que hoy está en Simancas. Tiene estudios de Arte y Teología y es de venerable observancia.»

Y el ya citado don Juan Albarelos, en sus mencionadas «Efemérides Burgalesas», dice lo siguiente:

«Retirado luego Bonifaz a su casa solariega de Burgos, allí pasó tranquilamente sus últimos años, descansando de sus campañas y entregado a la piedad. Su nombre figura entre los bienhechores del convento de Franciscanos, que, fundado por el

Santo de Asís en el cerro de San Miguel, había descendido ya al lugar donde hoy le vemos convertido en Factorías militares.

»Allí dispuso Bonifaz en su testamento que se erigiera una capilla para sepultar su cuerpo y continuando las obras la ciudad—que fué quien costeó la iglesia, en recuerdo de lo cual se labró su escudo sobre la puerta—la capilla de Bonifaz pasó a formar la nave del Evangelio.

»Su sepulcro—según las descripciones que de él nos han quedado—era bastante alto, decorando su cubierta la estatua yacente del Almirante con una espada en las manos y un perro acostado a sus pies, soportando el escudo de sus armas, el cual, grabado también en la clave de la bóveda, estaba partido en palo con casquetes a la derecha de oro y gules y once leones coronados sobre azul, a la izquierda; adornado el contorno de cuatro pendones lunados en jefe, cuatro áncoras en punta y la cadena de Sevilla en orla, rota por medio.

»Alrededor de la urna sepulcral se veían las imágenes de los doce apóstoles, talladas en relieve y alternando con blasones, y en el friso se leía lo siguiente: "Aquí yace el muy noble y esforzado Caballero D. Ramón de Bonifaz, Primer Almirante de Castilla, que fué en ganar a Sevilla y falleció el año 1256."

»Este epitafio, copiado por el P. Flórez en su "España sagrada", resuelve, a nuestro juicio, las discrepancias que se observan en varios escritores respecto a la fecha de la muerte de Bonifaz, que un cronista franciscano fija en 1262 y en distintos años otros autores. No consideramos fácil que la inscripción del sepulcro estuviera equivocada, ni que padeciese error al copiarla el concienzudo y minucioso Padre Flórez.

»Con referencia a ese epitafio, es curiosa la anécdota que se cuenta de la Reina Católica, quien, leyendo en la inscripción las palabras *que ganó a Sevilla*, las hizo borrar, sustituyéndolas por las de *que fué en ganar a Sevilla*, por entender que no había sido Bonifaz, sino Fernando III el conquistador de la capital andaluza.

»Pero, según hace observar Monje, esta rectificación, "hija de una materialidad nimia", no perjudicó a la parte artística como la asombradiza piedad de Felipe III, que hizo decapitar las efigies de los apóstoles para desfigurarlos, por parecerle que ocupaban lugar secundario con respecto a la estatua del almirante.

»El sepulcro de Bonifaz estaba en desgracia, y su final fué bien lamentable.

»Destruído el convento de San Francisco durante la guerra de la Independencia y arruinada la iglesia, entre sus escombros desapareció aquella histórica tumba, perdiéndose para siempre los restos del ilustre hombre cuya memoria es mirada por los burgaleses como una de las mayores glorias de la ciudad.»

IV

Nostálgico proemio de Monje sobre el histórico edificio

Veamos, por último, lo que dice en su interesante artículo titulado «El Convento de S. Francisco de Burgos y D. Ramón de Bonifaz», publicado en el «Semanario pintoresco» del año 1846, el notable escritor de asuntos burgaleses don Rafael Monje, trabajo que, como podrá verse, aporta valiosísimos datos para un detallado conocimiento de lo que fué dicho convento.

He aquí el texto del citado artículo:

«El Convento antiguo de San Francisco en Burgos.»

» Llegará tiempo en que, abjurando algunos hombres de principios que ahora reputan por filosóficos y sabios, volverán la vista hacia la era de nuestros abuelos y se reconciliarán con su fe y con sus creencias. Entonces sentirán el inmenso estrago que las disensiones intestinas han producido en nuestra Patria mimada por la naturaleza y cuna clásica de caballerosidad y de honor. Entonces verán, a la luz de la Historia, fanal resplandeciente de los siglos, ciudades enteras arruinadas, templos reducidos a escombros, sepulcros desmoronados y fúnebres inscripciones góticas incrustadas en la casa del rico, al lado de las piedras ojivales, de los emblemas santos y de los escudos que respetará el tiempo.

» ¡Ojalá nos engañásemos! Pero, desgraciadamente, se ha empezado ya a cumplir la última parte de tan triste vaticinio. Una mirada en torno nuestro lo revela, un poco de consideración basta para conocer que esa general antipatía hacia las prácticas piadosas de nuestros antepasados, ostensible en los monumentos de su acrisolada devoción, va hacinando ruinas sobre ruinas, escombros sobre escombros; y surcando con

el arado la tierra de las sepulturas, siembra en ellas la semilla que produce el oro.

»Cuando en el año 1842 nos admitió generosamente en su seno la redacción del "Semnario pintoresco", no estábamos ajenos de los presentimientos que acabamos de manifestar. Nos hallábamos en Burgos. Un instinto secreto nos condujo mil veces a los sitios solitarios en que subsistían los ruinosos tapiales de los conventos de la Trinidad y San Francisco, cuyas magníficas iglesias, objeto de admiración universal, cayeron desplomadas bajo la metralla incendiaria de los invasores franceses. Los muros de uno y otro templo permanecían en pie.

»Veíanse coronados de algunas agujitas piramidales que descollaban sobre los cardos y las yerbas del dislocado tejazoz. Mas nuestra juventud rayaba entonces y las sensaciones que recibíamos eran demasiado impetuosas para confiarlas al papel. Nos contentamos con repetir nuestras visitas a aquellos lugares olvidados, guardando el más hondo silencio mientras nuestra imaginación discurría entre el pasado y el presente, entre la inestabilidad de las obras humanas y el trastorno de sus leyes.

»Por lo común, nos sorprendía la noche entregados a esos pensamientos, a no ser que nos distrajésemos con el roce suave de la brisa al ponerse el sol, con el murmullo de la acequia lejana o con los silbidos penetrantes de los vencejos, que rondaban su nocturna guarida trazando mil círculos en el aire. ^B

»Hoy no existen ya aquellas ruinas.

»La convulsión devastadora que acababa de padecer nuestro reino, las ha hecho caer, sepultando entre sus argamasas una portada suntuosísima, que, por su asombroso mérito, se salvó del hierro de los extranjeros y cuyas copias hemos visto reproducidas con notable exactitud en un establecimiento artístico de la corte.

»La agricultura va introduciéndose en aquellos solares, y dentro de pocos años nuestros nietos contarán a los suyos que allí hubo un templo, un claustro, una vivienda de hombres reunidos en perpetua confraternidad, que vestían túnicas patriarcales de colores misteriosos y formas significativas. Asegurarán también que innumerables guerreros y personas de gran valía del Estado labraron allí sus enterramientos de jaspe y piedras ricas, para esculpir en bruñidos óbitos la memoria de su esclarecida descendencia, su filantropía y sus hazañas.

»Esto despertará la curiosidad de los oyentes si sangre española circula por sus venas. Recorrerán las Historias a fin de obtener datos más claros acerca de tan dignos personajes y buscando con avidez las descripciones artísticas, el trasunto fiel del edificio que yace demolido, entrará su espíritu en el terreno de la gratitud para con el escritor que les instruye.

»Nosotros, que, sin envanecernos con tan glorioso título, sólo intentamos, por medio de nuestras débiles tareas, responder a las primeras preguntas que pudieran aquéllos dirigirnos, hemos escogido para materia de este artículo la fundación del antiguo convento de San Francisco de Burgos, desmantelado por la revolución de 1809 y destruído hasta sus cimientos con autorización de las leyes vigentes.

»Obsequiaba la capital de Castilla, en Mayo de 1213, con varios festejos a D. Alfonso VIII por el triunfo que el año anterior había conseguido de los moros en la batalla de las Navas de Tolosa, cuando San Francisco, que en aquella época recorría la Francia y España, con dirección a Santiago de Compostela, se presentó al Rey pidiéndole licencia para fundar en Burgos un convento de su Orden. El Monarca y el Cabildo Mayer pusieron a disposición del Santo una ermita fabricada en la cumbre de un cerro que hasta hoy titulan de San Miguel, al Norte y extramuros de la ciudad; sitio adonde antiguamente se celebraban dos mercados al año, por privilegio y facultad del Rey D. Fernando I.

»Luego que la obra se halló en disposición de recibir habitantes, entraron a ocuparla el beato Fr. Lobo y otros dos compañeros suyos llamados Antonio y Julián, que habían seguido a su Patriarca desde Asís.

»El P. Prieto añade en su Historia manuscrita que se encontraban incorruptos los cuerpos de esos tres religiosos, al hacer la reedificación de la ermita el año 1579.

»La pureza de la regla que los discípulos de San Francisco observaban conquistó en poco tiempo varios fieles deseos de perfeccionar sus costumbres y acabar sosegadamente la vida en la penitencia y retiro. Con esta circunstancia, sus necesidades fueron en aumento y conocieron, por último, que únicamente a costa de penosos ejercicios podían abastecerse de los víveres y el agua necesarios a su ordinario sustento. Recurrieron al Ayuntamiento, exponiendo los inconvenientes que me-

diaban no sólo para continuar residiendo en paraje tan elevado, árido y frío la mayor parte del año, sino tan inaccesible para los devotos del pueblo; y penetrado de la justicia que asistía a esta exposición, el canónigo D. Pedro Díez de Orense destinó una gran parte de sus rentas a la adquisición de otro terreno, al pie de la altura de San Miguel, en cuyo valle tenían recién acabado su convento los religiosos trinitarios.

»Promovida esta nueva fábrica por el insigne almirante Don Ramón de Bonifaz, a quien Salazar de Mendoza supone equivocadamente fundador de la iglesia, la ciudad de Burgos costeó la nave principal de ella a sus expensas, y para testimonio público se esculpieron sus armas sobre la puerta del ingreso común, quedando en la nave del Evangelio el sepulcro del almirante, a causa de haberse comenzado por aquel punto la construcción de toda la casa.

»Según las noticias que acerca de la parte material de ésta hemos podido reunir, no puede ponerse en duda que sería magnífica, de vastas proporciones y de arquitectura ojival. El Padre Prieto dice que la iglesia era de tres naves y toda de piedra. Elogia su pórtico y hace mérito de varios sepulcros construidos en las veintidós capillas comprendidas en su recinto interior. Entre ellos se contaban los de algunos señores castellanos y caballeros nobles de la ciudad.

»Allí descansaban los restos del infante D. Diego, trasladados a aquel sarcófago desde el cerco de Algeciras. (Hist. de Fernando IV.) Otra urna contenía las cenizas de D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya, y las de otros personajes distinguidos de su apellido y familia.

»El panteón de D. Ramón de Bonifaz era bastante elevado, decorando su cubierta la estatua del almirante con su espada en las manos y perro acostado a sus pies, soportando el escudo de sus armas. Alrededor de los restos se veían imágenes de los doce apóstoles, talladas en relieve, alternando con blasones. En el friso de la urna estaba escrito lo siguiente: "Aquí yace Don Ramón de Bonifaz primer almirante de Castilla, que ganó a Sevilla el año 1248." Viendo la Reina Católica doña Isabel este letrero en el año de 1476, hizo borrar las palabras *que ganó a Sevilla*, y mandó se grabara *que fué en ganar a Sevilla con el Rey Fernando*, pareciéndola que la noticia del hecho quedaba así más exacta.

»Esta rectificación, aunque hija de una materialidad demasiado nimia, no destruyó el mérito del lucillo como la que se hizo en tiempo de D. Felipe III. Observó el devoto monarca que las estatuas de los doce apóstoles estaban colocadas en un lugar secundario respecto del bulto del almirante y el perro que le acompañaba, y ofendiéndose por ello su celo cristiano, decretó que cortasen la cabeza a todas las imágenes para desfigurar la representación que el escultor las había dado.

»Cerca del sepulcro que acabamos de describir existía el de D. Pedro Bonifaz, camarero mayor del Infante D. Pedro, hijo del Rey D. Sancho, que murió en la era de 1354, día de San Juan Bautista; el del licenciado D. Gaspar Bonifaz, caballero del hábito de Santiago del Consejo Real de las Ordenes, cuyo epitafio declaraba haber dispuesto en su testamento, que, como descendiente del almirante, condujesen su cadáver a la iglesia de San Francisco y le enterrasen cerca del de su predecesor.

»Estos cortos detalles, dignos de más publicidad que la que han tenido desde la guerra de la Independencia hasta hoy, bien merecen ocupar un sitio exclusivo en las páginas de nuestro periódico.»

V

Nuestro deber ante tan valiosos recuerdos

«No debemos tampoco olvidar los nombres de don Andrés de Castro, hijo franciscano del convento de Burgos, predicador insigne y varón de costumbres ejemplares; el de don Ignacio Santibáñez, arzobispo de Filipinas, y el de don Francisco de Salinas, célebre orador del siglo xvii, en cuyas exequias pronunció el panegírico el ilustrísimo señor don Antonio Manrique, arzobispo de Burgos, inaugurándole con estas palabras: "Hase muerto, señores, el Pablo de España y el Crisóstomo de Burgos..."»

»Además de los referidos se citan muchos teólogos eminentes, oradores famosos y humanistas consumados. A su general instrucción cooperaron mucho los Reyes Católicos, pues establecieron allí el archivo del Reino, que actualmente está en Simancas, después de haber regalado a la comunidad preciosísimos cantorales o libros de coro, que han venido a servir de pábulo al incendio de las vicisitudes políticas. Las que se suscitaron a principios de nuestro siglo dejaron tan maltratado el convento que va descrito, que sólo resta de su extraordinaria gallardía una puerta de arco ojival florenzado, adornada de sus correspondientes franjas, columnillas, agujitas y cardinas trepantes.

»Tan apreciable ejemplar ha sucumbido en nuestra época azarosa, como en la de 1878 desaparecieron otros infinitos, fortificando con sus delicadas piedras los reductos del castillo, por manos de los míseros labradores que por falta de recursos se negaban a pagar las onerosas exacciones con que el Gobierno les precipitaba en la indigencia. Después de restablecida la legislación normal, los religiosos franciscanos volvieron a su antiguo domicilio y habilitaron la sala de refectores que subsistía

intacta, la bendijeron y se restauró el culto divino, que no sufrió interrupción hasta el año 1836.

»La pobreza de este oratorio y la estrechez de las celdas que los frailes habitaban, todavía pueden examinarse fácilmente.

»Hoy, apenas quedan fragmentos del edificio que se fundó bajo la protección de don Alfonso VIII, hace cerca de setecientos años.

»Pasa el caminante por su sombra y no fija siquiera su atención en aquel lugar abandonado. Ignora que en él yacen los huesos de mil ilustres patricios, exhumados de sus lechos de tierra y puestos en sacrilega dispersión. Nosotros los hemos visto muchas veces, hemos tropezado con aquellos venerables depojos y nuestro corazón se ha estremecido al contemplarlos.»

Si esto es lo que decía Monje y cuanto hemos reproducido lo que la Historiografía burgalesa afirmó en relación con el convento de San Francisco, he aquí que de éste sólo conservamos los burgaleses un leve recuerdo, que he pretendido exhumar en los trabajos que hoy concluyen, y del insigne almirante, la calle que Burgos le dedicó en el pasado siglo, para perpetuar su memoria.

¿Es esto suficiente? Estimamos que debe hacerse más..., bastante más. Y a este respecto, ponemos el asunto en manos de nuestro celoso alcalde, enamorado de las glorias burgalesas y valedor infatigable de misiones que, como ésta, tanto representan en el glorioso pasado de nuestra ciudad...

VI

El insigne marino, visto a través de la Colección Diplomática del Real Monasterio de Las Huelgas y del Hospital del Rey

El inolvidable historiador burgalés y virtuoso sacerdote don Amancio Rodríguez López, capellán que fué del Real Monasterio de Las Huelgas, publica en el tomo primero de su notable obra titulada «El Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos y el Hospital del Rey», el apéndice «Colección diplomática del Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos», y en él se reproducen bajo los números 46 (a), 75 (i), 75 (k) y 75 (l), cuatro documentos de excepcional importancia para el conocimiento del célebre almirante de Castilla don Ramón de Bonifaz y Camargo y de algunas personas de su familia, los cuales se les vamos a dar a conocer a nuestros lectores en un breve extracto de cada uno.

Curioso compromiso que hicieron D. Guiralt Almeric y D. Ramón Bonifaz acerca de unas casas en el barrio de San Lorenzo. (Archivo del Real Monasterio de Las Huelgas, leg. 36, núm. 1.779.—Original en pergamino. Letra francesa. Núm. 46^a.)

Este primer documento lleva fecha 14 de diciembre de 1228 y es un curioso compromiso de don Ramón Bonifaz y su primo hermano don Guiralt Almeric, acerca de unas casas que ambos poseían proindiviso en el barrio de San Lorenzo de Burgos y que surcaban de una parte casas y horno que fueron de don Pardo de Villafranca; de otra con casas del prior y convento de San Juan y casas de los hermanos don Ramón y don Arnaldo de Porrella; detrás, la calle corriente de la *buhanna* y delante el camino.

En tal compromiso, los dos otorgantes se comprometieron a no dar sus respectivas participaciones en vida ni en muerte ni en arras a la mujer que eligieran por esposa.

Además, don Ramón de Bonifaz tenía tres mil miravetines de su primo don Arnaldo Almeric, los cuales se comprometía a invertir en la reconstrucción de tales casas.

De este documento dice como nota el mencionado historiador don Amancio Rodríguez lo siguiente:

«Este D. Ramón de Bonifaz de que se habla en este compromiso creemos sea el célebre Almirante de Castilla que tanta gloria adquirió en la toma de Sevilla, por lo cual tiene excepcional importancia este documento, pues por él se viene en conocimiento de algunas personas de su familia. Como vemos en documentos posteriores, D. Guiralt se casó con D.^a María Ramón, cuyo apellido nos hace sospechar si sería hija o hermana del citado personaje.»

Segundo documento, núm. 75 (i), página 438. — D. Guiralt Almeric dona al Real Monasterio unas casas en el barrio de San Lorenzo de Burgos, en sufragio de su alma y de su mujer D.^a María Ramón. (Archivo del Real Monasterio, leg. 33, núm. 1.499, original en pergamino.)

El pergamino a que se refiere el segundo de los documentos aludidos lleva por fecha la de 8 de marzo de 1232 e integra una donación hecha por don Guiralt Almeric al Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos, de unas casas en el barrio de San Lorenzo de Burgos, en sufragio de su alma y de su mujer doña María Ramón. «Estas dos casas —dice el diploma— fueron de Arnaldo Almeric, su hermano, las cuales él y su primo hermano "don Remonth Bonifacio" poseían a medias.» Estas casas las daba al Real Monasterio en sufragio de su alma y de su mujer doña María Ramón, a menos que con ésta tuviese algún hijo, en cuyo caso carecería de eficacia la donación, por heredarlas su referido hijo.

Tercer documento, núm. 75 (k), pág. 437. — Convenio que hizo don Guiralt Almeric con su mujer D.^a María Ramón. (Esta doña María Ramón, dice el citado D. Amancio Rodríguez, creemos sea hermana de D. Ramón Bonifaz, primer Almirante de Castilla.) (Archivo del Real Monasterio, leg. 33, núm. 1.458, original en pergamino, letra francesa.)

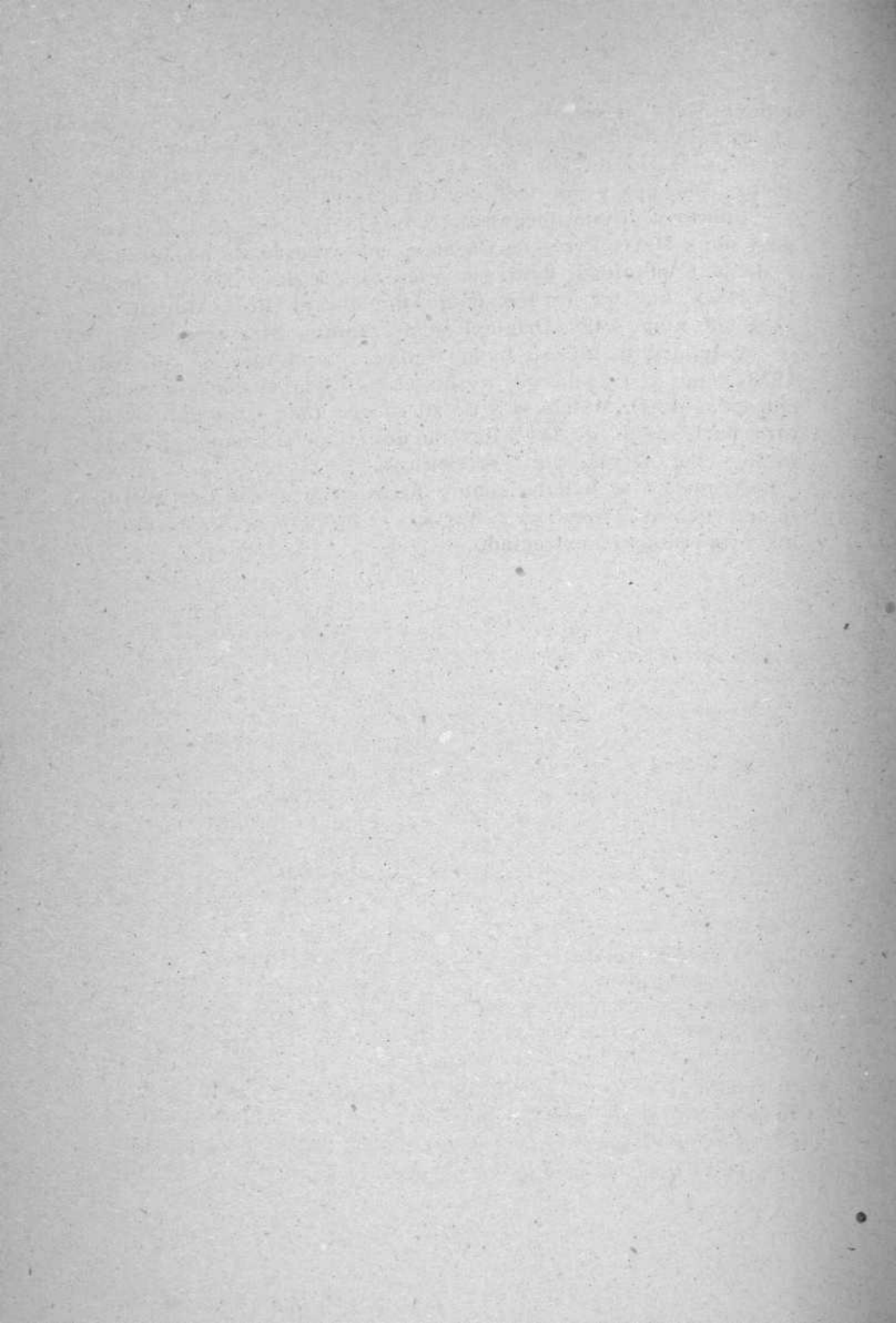
Este tercer documento lleva la fecha de 7 de marzo de 1233 y constituye un convenio que hicieron entre sí los expresados esposos don Guiralt Almeric y doña María Ramón para la distribución de sus bienes para el día de su respectivo falle-

cimiento. Por él se sabe también que poseían unas casas nuevas en la calle de Tenebregosa, lindantes con otras patrimoniales, de doña María Ramón, por una parte, por otras casas de don Pedro González y por frente y espalda calles corrientes.

Cuarto y último documento, núm. 75 (1), pág. 438.—La Abadesa doña María Pérez de Guzmán, con acuerdo de las Infantas y de la Comunidad, dejó por unos días a doña María Ramón las casas que su esposo había donado al Real Monasterio. (Leg. 33, núm. 1.499. Original en pergamino, letra francesa.)

Este documento se halla fechado en el mes de abril de 1233, y por él se sabe que «estas casas lindaban, de una parte, con otras de D. Merchant y de su suegra doña Urraca Juan, de otra parte casas de las hijas de don Gaucen Juan y por delante y por detrás, casas corrientes».

Asimismo se hallaba comprendida en la cesión de usufructo de las casas a que hace referencia el primero de los documentos primeramente extractado.



VII

Descendientes del insigne Almirante don Ramón de Bonifaz

Entre los descendientes del insigne marino don Ramón de Bonifaz, vemos en el libro de la Real Cofradía de los Caballeros de Santiago de Burgos los siguientes Bonifaz cofrades que llevan este apellido: Bonifaz, alcalde de Burgos; Ferrant, alcalde, Bonifaz Rontán; Bonifaz Pero, hijo de Ramón Bonifaz; Bonifaz Pedro, hijo de Ramón Bonifaz el mayor, camarero mayor que fué del infante don Juan.

Entre otros emparentados con el célebre almirante burgales figura don Pedro Sarracín y Bonifaz, fundador del Hospital de San Lucas, cuyo sepulcro está en el claustro de la catedral entre la capilla de Santa Catalina y la del Corpus Christi, vulgo Castellanos y Juan Cuchiller, y del cual dice el P. Orcajo, en la página 144 de su «Historia de la Catedral de Burgos», quinta edición, año 1865, imprenta de Cariñena, lo que sigue: «En el arco cuarto está el sepulcro del Sr. Sarracín y Bonifaz, la urna se halla adornada con escudos y en medio la Crucifixión. Su figura está con hábito sacerdotal con un libro en las manos y a los pies un perro. En la fuerte reja que tiene hay doce mecheros en donde se colocan otros tantos cirios blancos el día de los difuntos. En el centro del arco, una estatua del apóstol Santiago y debajo dos tarjetas realizadas en las que se lee lo siguiente:

”Aquí yace el Rdo. Padre D. Pedro Sarracín, Deán que fué de esta Santa Iglesia, el cual fundó e dotó la Casa Hospital de San Lucas dejó la administración de ella a los señores Deán y Cabildo de esta dicha iglesia. Finó el año MCCLXXXVIII.”

» Las memorias que el deán don Pedro Sarracín fundó en su hospital de San Lucas trasladaron el año de 1612 con autoridad apostólica a esta Santa Iglesia, donde los señores prebendados dicen cada día las dos misas que se cumplían por capellanes en dicho hospital, y añadieron un aniversario solemne

la víspera y día de San Lucas. El valor de la Casa y Hospitalidad de peregrinos se conmutó en cuatro mil ducados a los niños expósitos.»

Otro ilustre descendiente del insigne almirante burgalés fué don Guillermo Sarracín y Bonifaz, cardenal ilustre, del cual en el Monasterio de San Juan, Orden de San Benito, de esta ciudad, había un cuadro pintado primorosamente, de autor desconocido, que fué trasladado al colegio conciliar de San Jerónimo con otros varios en el año 1808, como resultas del saqueo y extinción de todos los conventos por la entrada de las tropas francesas en esta capital, y en dicho cuadro hay una inscripción que, para memoria perenne de tan esclarecido prelado, dice:

«El Eminentísimo Sr. D. Guillermo Sarracín y Bonifaz, ilustre hijo de esta Casa; siendo canónigo de esta Santa Iglesia Catedral de Burgos, tomó el hábito de este Monasterio dejando el nombre de Fernando que antes tenía. Fué Prelado de él desde el año 1220 hasta 1238 y juntamente Abad de Sahagún desde el año 1232 hasta el 1244. En el de 1259, el Santo Rey D. Fernando le nombró ayo de su hijo el Infante D. Enrique, a quien acompañó a Italia. En Roma fué estimado de todos y especialmente del Cardenal Fieschi, el que, habiendo sido elevado al Pontificado con el nombre de Inocencio IV, movido de sus prendas y méritos, le creó Cardenal del título de los doce apóstoles, año 1244. Murió en León de Francia el año 1250.»

Este cuadro estuvo bastantes años, con otros muchos, puesto en la capilla llamada del Nacimiento de nuestra incomparable catedral, juntamente con los retratos de los Papas Gregorio XI, canónigo electo en 1371, y Alejandro VI, arcediano en 1492, y el del cardenal don Jacobacio, en 1522, hasta principios de este siglo, donde fué trasladado y colocado en la sacristía de la Capilla del Santísimo Cristo de Burgos, donde actualmente puede contemplarse.

Hecha una relación somera de los familiares del insigne navegante, terminamos la serie de artículos que hemos venido publicando sobre el insigne burgalés y primer almirante de Castilla don Ramón de Bonifaz y Camargo, del que, como decía en mi trabajo precedente, no nos queda a los burgaleses actualmente otra cosa que el recuerdo de la calle dedicada a su memoria, único y precario homenaje tributado a uno de los más gloriosos hijos de esta vieja e histórica ciudad.

INDICE

	Páginas
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	7
I. Datos históricos sobre la vida del insigne burgalés y autores consultados	9
II. Filiación de don Ramón de Bonifaz. La dignidad de primer almirante de Castilla	11
III. La flota del rey Fernando, reunida por el insigne burgalés, conquista Sevilla, según don Anselmo Salvá	13
IV. La personalidad del insigne burgalés, estudiada por don Juan Albarellos	17
V. Goyri coincide en que fué en noviembre la conquista de Sevilla	21
VI. Otros dos testimonios interesantes sobre la conquista de Sevilla: de don Mateo Escagedo y don Rafael Monje	25
VII. Cómo describe Monje la conquista de Sevilla	29
VIII. Cómo describe Lafuente la conquista de Sevilla	35
IX. Solemne entrada del ejército cristiano en Sevilla, que desde entonces conmemora la efemérides de su conquista el 23 de noviembre	39
DON RAMON DE BONIFAZ Y CAMARGO Y EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO	43
I. San Francisco funda en Burgos, en la ermita de San Miguel, el primer paso hacia el histórico convento	45
II. Comienza la construcción del convento franciscano el año 1226	49
III. Descripciones del Monasterio por varios ilustres historiadores	53
IV. Nostálgico proemio de Monje sobre el histórico edificio ...	57
V. Nuestro deber ante tan valiosos recuerdos. (Continúa Monje.)	63
VI. El insigne marino, visto a través de la Colección Diplomática del Real Monasterio de las Huelgas y del Hospital del Rey	65
VII. Descendientes del insigne Almirante don Ramón de Bonifaz.	69

40 E

PUBLICACIONES DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BURGOS

TÍTULO	AÑO	AUTOR
1. <i>Los restos del Cid y doña Jimena y sus diferentes traslaciones</i>	1883	D. LEOCADIO CANTÓN SALAZAR
2. <i>Cosas de la vieja Burgos.</i>	1892	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
3. <i>Tipos burgaleses</i>	1892	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
4. <i>Remembranzas burgalesas</i>	1894	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
5. <i>Burgos en las Comunidades de Castilla</i>	1895	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
6. <i>Burgos en la guerra de la Independencia</i>	1913	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
7. <i>Memorias históricas de Burgos y su provincia</i> ...	1913	D. ISIDRO GIL GABILONDO
8. <i>Historia de la Ciudad de Burgos</i>	1914	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
9. <i>El burgalés fray Francisco de Vitoria</i>	1930	D. GONZALO DíEZ DE LA LASTRA
10. <i>El día del Señor en Burgos</i>	1937	D. ANSELMO SALVÁ PÉREZ
11. <i>Panegírico de S. Lesmes.</i>	1940	D. BONIFACIO ZAMORA DE USÁBEL
12. <i>En la antigua Burgos</i> ...	1942	GASPAR GONZÁLEZ PINTADO, S. J.
13. <i>Oración sagrada en San Lesmes</i>	1944	D. BONIFACIO ZAMORA DE USÁBEL
14. <i>El dominico fray Francisco de Vitoria</i>	1946	P. BRUNO DE SAN JOSÉ
15. <i>El barrio e iglesia de San Esteban</i>	1946	D. TEÓFILO LÓPEZ MATA
16. <i>Riberas del Arlanzón</i> ...	1946	D. JOSÉ MARÍA DE MENA

